



Enrique Blanco Rojas

Arroz y tartana

Comedia en tres actos y en prosa



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA

© De esta edición: Ajuntament de València.
Delegación de Acción Cultural, Patrimonio y Recursos Culturales
© De la Introducción: Emilio Sales
ISBN: 978-84-9089-534-4
cmvbi@valencia.es
www.casamuseoblascoibanez.es

Índice

A modo de introducción.....	2
<i>Arroz y tartana</i>	5
Reparto.....	6
Dedicatoria.....	7
Acto primero.....	8
Acto segundo.....	28
Acto tercero.....	45

A modo de introducción

El influjo de la narrativa de Blasco Ibáñez no solo es reconocible en las versiones filmicas que se realizaron de varios de sus títulos, sino también a través de distintas adaptaciones escénicas que se llevaron a las tablas con mayor o menor fortuna. Así, por ejemplo, más de dos décadas después de su publicación, en 1894, el argumento de *Arroz y tartana*, la primera de sus novelas de costumbres contemporáneas, todavía era capaz de suscitar el interés trasladado al universo teatral. En él probó fortuna un autor que no ha pasado a los anales de la historiografía literaria, entre otros motivos porque su dedicación a la creación debió de ser, sobre todo, un hobby temporal gratificante. Enrique Blanco Rojas, capitán de infantería, era caracterizado tras su muerte, en accidente de caballo, en junio de 1920, como hombre de vasta cultura y enamorado de las letras, que dejó constancia de su espíritu cristiano «en sus poesías patriótico-religiosas» (*Oro de Ley*, 3-7-1920), dedicándose asimismo a la producción dramática como autor de la *Llegada de los reyes* (*juguete cómico en un acto y prosa*), de *El honor de los hidalgos*, pieza que tendría que ser representada en el teatro Goya, de Barcelona (*El Mundo*, 19-9-1917), y de la citada adaptación de *Arroz y tartana*.



Esta última obra en tres actos, anunciada en toda prensa local de Valencia, se estrenó el 5 de enero, en el teatro Eslava, a beneficio de don Fernando Porredón, director de la compañía y actor encargado de interpretar el papel de don Juan, el hermano de esa caprichosa e irresponsable doña Manuela. Las reseñas sobre la representación fueron más bien escuetas. Destacaban que el adaptador, señor Blanco Rojas, había tenido que subir al escenario a recibir los aplausos del público. Aun así, los comentarios laudatorios a la versión dramática de la novela parecían exigidos por la necesidad de promocionar el espectáculo

teatral. Y las notas más detalladas sobre la representación, aparecidas en las páginas de *El Pueblo* (6-1-1917), no resultaron en exceso entusiastas. Desde luego, era un auténtico reto competir con el relato referencial, y en este empeño la labor de Blanco Rojas se antojaba aceptable. No obstante, se incidía en el hecho de que la interpretación de los actores había sido floja, como si no se hubiesen realizado previamente ensayos suficientes para representar el texto con la fluidez necesaria.

Fijándonos exclusivamente en el libreto que a continuación se reproduce, salta a la vista que en la tarea de adaptación se han perdido ingredientes y episodios sustanciales del original blasquista. En especial, la sucesión de ese calendario festivo de



Fernando Porredón

la ciudad que servía de marco y contexto a la progresiva caída moral y económica de doña Manuela y posibilitaba la tendencia a la ostentación de este personaje femenino. Precisamente, a partir de este devenir cronológico, Blasco no solo daba curso a su habilidad en la descripción de costumbres y manifestaciones folclóricas, sino que, además, ponía en evidencia a esa burguesía valenciana dedicada a una economía especulativa y obsesionada por sus gustos exhibidores: «casaca a la moda y rode la bola...».

De forma similar, la poda y reescritura, en su conjunto, vino a diluir la relación causa-efecto capaz de explicar y justificar diversas conductas, como si la representación estuviese destinada a ser admirada por todo ese público lector ya familiarizado con la historia novelesca. De ese modo, se vio reducida la intensidad trágica y dramática de determinados episodios, al tiempo que la peripecia protagonizada por la familia de doña Manuela perdía contacto con ese entramado social urbano a la que tanta importancia le concedió Blasco Ibáñez.

El mismo año de su estreno la Sociedad de Autores Españoles publicó la adaptación escénica de *Arroz y tartana*. Se trataba de una edición que se intuye compuesta con suma rapidez, teniendo en cuenta las deficiencias que muestra,

sobre todo, en el uso de los signos de puntuación y en las fluctuaciones en la onomástica de algunos personajes. Aun así, se reproduce dicha fuente con las correcciones necesarias para su adecuación a las normas ortográficas vigentes. Como testimonio documental de la notabilísima repercusión de la obra blasquista en el panorama nacional, esta primera adaptación al teatro de la novela inaugural del ciclo valenciano posee cierto interés en el ámbito de la investigación.

B
ENRIQUE BLANCO ROJAS

ARROZ Y TARTANA

COMEDIA
en tres actos y en prosa

*Adaptación escénica de la novela de igual título de
Don Vicente Blasco Ibáñez*

Estrenada con éxito en el Teatro Eslava de Valencia el
5 de Enero de 1917.

MADRID
Sociedad de Autores Españoles.
Núñez de Balboa, 12.

1917

Reparto

Doña MANUELA	Sra. Matilde Rodríguez
Doña TERESA	Francisca F. de Córdoba
AMPARO	Srta. Carmen Posadas
CONCHA	Srta. Enriqueta Ruiz
Tía QUICA	Sra. Carmen Sánchez
Doña VIRTUDES	Sra. Carmen Tejada
VICENTA	Srta. Ana Tormo
HIJA 1ª	Srta. Rosita Torres
HIJA 2ª	Srta. Concepción Estrella
Don JUAN	Sr. Fernando Porredón
JUANITO	Sr. Tomás Villegas
CUADROS	Sr. Alejandro Navarro
Don EUGENIO	Sr. Felipe Cano
ANDRÉS	Sr. Antonio Palomino
RAFAEL	Sr. Nicolás Rodríguez
NELET	Sr. Germán Cortina
PORTERO	Sr. Arturo Masiá
Un HOMBRE	Sr. Carlos Victoria

Al insigne literato don Vicente Blasco Ibáñez

Ya que mis pecadoras manos al suprimir de la novela el ambiente de luz y de color que la valiente maestría de vuestra prosa llevó a sus hojas, hiciéranlo matando las bellezas descriptivas de las costumbres valencianas, quisiera haber acertado al encarnar en los personajes de la comedia, la psicología del ambiente en que fueron creados, para que al ofrendaros mi trabajo, os llevase la visión real de una clase social, digna de la sátira de vuestra pluma, fustigadora en *Arroz y tartana* de todas las Manuelas y Rafeles, que por desgracia abundan.

Os besa la mano.

Enrique Blanco

ACTO PRIMERO

Acción en Valencia. Época actual. Salón en casa de doña MANUELA. Balcones practicables con cortinas. Puertas al foro y laterales. Sobre una consola varios tarros con esencias y pomadas, búcaros con flores. Espejo. En la mesita del centro, bandeja con tarjetas. Alumbrado eléctrico y piano. Debajo de una silla un par de zapatos de señora. En general la habitación denota el desorden de una casa donde falta la dirección.

ESCENA PRIMERA

AMPARO y CONCHA

AMPARO. *(Sale de su habitación a medio vestir y con zapatillas viejas. Se dirige en busca de sus zapatos. CONCHA, su hermana, habla desde su habitación hasta que indica el diálogo.)*

AMPARO. ¿Dónde estarán mis zapatos?

CONCHA. ¿Has visto mi corsé?

AMPARO. Al demonio se le ocurre ponerlos debajo de una silla. Yo los hubiera puesto encima.

CONCHA. ¿Y mi corsé?

AMPARO. *(Dándosele.)* Toma, bien podías molestarte, comodona. *(Calzándose.)* ¡Ajajá! Ya no me falta más que abrocharme. Tengo una cara como una muerta. *(Arreglándose en el espejo.)*

CONCHA. ¿Quieres abrocharme la blusa?

AMPARO. Espera que busque la Nieve-hacelina¹ porque en este tarro no queda nada.

CONCHA. *(Saliendo a escena.)* Tienes la manía de ponerte la cara como un payaso y nunca hay polvos, ni color ni *res*, que dice Visanteta.

AMPARO. ¡No hay como ser pequeña para llevarse todas las culpas! Es mamá, mamá y mamá, quién en su afán de rejuvenecerse va a dar fin de toda la perfumería. Ven que te abroche. *(Mirándola.)* ¡Uy, hija que cara tienes!

CONCHA. *(Untándose color.)* Ahora verás. Este color levantino no tiene nada de distinguido, pese a la opinión del tío Juan.

AMPARO. Color de ámbar... Tiene gracia ¡Ja, ja, ja!

¹ Producto cosmético.

CONCHA. Mejor es el de camuesa, como el tuyo. ¡Hija, qué barbaridad!

AMPARO. ¿A que no te abrocho? (*Pausa.*)

CONCHA. ¡Cuánto tarda mamá! Hoy por lo visto echará el resto en la plaza.

AMPARO. Entre las compras y los párrafos con todos los tenderos del Mercado, seis horitas.

CONCHA. (*Suena el timbre.*) En nombrando al ruin de Roma...

AMPARO. Serán tarjetas.

CONCHA. ¿Han traído muchas? Revolviendo en la bandeja. Las de López. Las Magistradas. Cuadros... Mira, la de Roberto.

AMPARO. Es la de mejor cartulina.

CONCHA. Y canto dorado. |

AMPARO. (*Con ironía.*) Si es un chico muy distinguido...

CONCHA. (*En el mismo tono.*) Aun cuando no sea poeta.

AMPARO. (*Dándole un pellizco.*) ¡Toma, por mala! (*Huye del pescozón que le quiere dar su hermana y corre por la habitación. Escena movida.*) ¡Valiente cosa se me importa a mí Andrés!

CONCHA. ¡Ya me las pagarás!

(*Vuelve a sonar el timbre ya poco entran doña MANUELA seguida de Visanteta y NELET, cargados de cestas, botellas y otras provisiones.*)

Doña MANUELA viste elegantemente con velo, guantes y rosario. Es señora de algunos años, pero retocada aparenta menos, conservando su porte de buena moza. VISANTETA, la criada al estilo del país. NELET, el cochero, con chaqueta cruzada y botones metálicos.)

ESCENA II

MANUELA, NELET, VISANTETA, AMPARO y CONCHA.

MANUELA. ¿Es posible que seáis tan locas? Siempre de juegos. (*Transición.*) ¿Ha venido alguien? (*A NELET.*) Anda llevaros eso a la cocina y vuelve, porque has de ir por los demás encargos.

AMPARO. ¿Cómo me encuentras?

MANUELA. Demasiado pintada.

AMPARO. Pues no será por los afeites que tú nos dejas.

MANUELA. ¡Niñas!

NELET. (*Entrando.*) ¿Que he de hacer?

MANUELA. (*Despojándose del velo y mantilla.*) Ir en casa de Tónico por el embutido; a la Paloma azul, por las perdices; a la farmacia de San Antonio por un encarguito...; ¡ah! y al Trenh a casa de Gijonenco por los turrónes.

(*Vase por la derecha. Sale NELET. Las niñas continúan arreglándose y a poco se sale de su cuarto RAFAEL, hermano de estas.*)

Quiere ser elegante, no abonándole su figura raquítica y desmedrada. La cabeza charolada a fuerza de pomada, abrigo a la última, botas con botines.)

ESCENA III

CONCHA, AMPARO y RAFAEL

CONCHA. (*Poniéndose delante de él, a quien consideran como el árbitro de la elegancia.*) ¿Qué tal me encuentras?

RAFAEL. ¡¡Pchs!! No estás mal. (*Examinándola de pies a cabeza.*) El vestido es algo demodé. Ahora no se ven más que pieles. Tienden a desaparecer los volantes. ¡Hija, por Dios, las medias han de ser del mismo color del traje!

AMPARO. ¿Y yo? ¿Y yo? No es la *dérniere* mi peineta de teja.

RAFAEL. ¡¡Pchs!! Detesto la mantilla y *per ende* la peineta. (*Con énfasis.*) Las de Villaforte llevaron ayer a la Alameda unos sombreros Napoleón preciosos... De casa de Madan Fidriani... Trescientos francos.

CONCHA. Mañana iremos a verlos. Convince a mamá.

AMPARO. Y una piel de zorra para mí.

RAFAEL. También se ven muchas. (*Pausa.*) Me voy a tomar el vermut.

AMPARO. Y de paso al melonar a partir corazones.

RAFAEL. Adiós. (*Medio mutis.*)

CONCHA. No tardes, ¿eh?, que viene el tío.

AMPARO. Y vendrá sin bozal. ¿Sabes?

RAFAEL. ¡Pchs! Que le den morcilla. (*Sale.*)

AMPARO. Recuerdos a Roberto de Conchita.

CONCHA. ¡Cínica, desvergonzada!... ¡Ahora verás!

ESCENA IV
CONCHA, AMPARO Y MANUELA

(Sale doña MANUELA con bata elegante.)

MANUELA. ¡Niñas!! ¡Niñas!! Está visto; ni dos adarmes de formalidad. *(Pausa.)*

¿Habéis visto los regalos? En el comedor están.

AMPARO. Me los figuro. Una tortada de las Magistradas, ¿verdad?

CONCHA. El ramillete de todos los años de las de López.

AMPARO. Media docena de pasteles del tío. Tres pesetas.

MANUELA. Y un ramillete precioso con un angelito sobre una capillita de caramelo...

AMPARO. ¿De Cuadros?

MANUELA. Sí; la verdad son muy bastos, pero distinguidos.

CONCHA. Sobre todo por su descendencia ¿Quieres mas distinción que la del angelito... de Andresito?

AMPARO. *(Indignada.)* ¿Lo ves, mamá? *(Timbre. Sale VICENTA a abrir.)*

ESCENA V
Dichos y VICENTA

VICENTA. ¡Señoretas, cuántos regalos! Vayan y *voran*

AMPARO. Vamos nos libramos de la visita.

CONCHA Anda, anda tú delante. *(Con miedo.)*

VICENTA. *(Anunciando.)* Don Eugenio.

AMPARO. ¡Uf, qué tostón! *(Salen.)*

ESCENA VI
MANUELA y don EUGENIO

(Don EUGENIO entrando. Viejecito octogenario de cara sonrosada y alegre; anda apoyado en un bastón y huele a sacristía. Tiene gran parecido con Pío IX siendo antiguo amigo de la familia.)

MANUELA. ¡Pero don Eugenio, cómo se ha atrevido a venir!

EUGENIO. (*Dando unas palmaditas en la espalda a MANUELA.*) ¡Cada día estás más buena y más hermosa! Por ti no pasan años.

MANUELA. Siéntese, siéntase aquí; viene Vd. cansado.

EUGENIO. Los años, hijita, los años. Poco duraré ya.

MANUELA. Quite Vd, por Dios, don Eugenio.

EUGENIO. El año que viene caigo. Sí, sí (*riéndose*), caeré, caeré y vosotras diréis: ¡Pobre don Eugenio, este año no viene! ¡Claro, si ya habré cuidado! ¡Ja, ja!

MANUELA. Son aprensiones tuyas. Todos los años nos dice lo mismo y... vuelve.

EUGENIO. No; si yo no tengo miedo a la muerte. Casi, casi la deseo. Llevo muchos años trabajando. ¿Te acuerdas cuando eras pequeñita y Melchor (tu primer marido) te hacía aquellos versitos?

MANUELA. (*Con algo de disgusto.*) ¡Qué buena memoria tiene Vd. (*aparte*) y qué inconveniente!

EUGENIO. (*Recordando.*) ¿Cuando Rafaelito (tu segundo marido) te daba serenatas...?

MANUELA. Sí, sí, don Eugenio que en paz descansa, que si bueno fue el uno...

EUGENIO. Peor fue el otro. ¡Ja, ja!, pero te gustaba más. Aún estás para el tercero, estás muy hermosa.

MANUELA. ¡Qué ocurrente!

EUGENIO. ¡Aquellos tiempos famosos de Las tres rosas! ¿Tú recuerdas...?

MANUELA. Sí, sí. (*Con displicencia.*)

EUGENIO. No quiere esto decir que Cuadros lo haga mal, no, que la tienda sigue adelante, pero aquellos tiempos de tu padre y míos, en que la seda abundaba en Valencia y los hombres se hacían a fuerzas de puños...

MANUELA. Los tiempos evolucionan, don Eugenio.

EUGENIO. ¡Benditos aquellos en que mis padres me dejaron contemplando el Pardalot! No hubiera sido un hombre, hubiera sido una bestia. En fin, todo sea por Dios.

MANUELA. Sí, señor y Él que nos ilumine. (*Transición.*) ¿Ha oído ya su misita?

EUGENIO. Claro, mujer, en San Juan, tempranito y después, como todos los años, a felicitar a Manolita. El año que viene caeré.

MANUELA. No. (*Atajándole.*) Don Eugenio, está Vd. muy fuerte.

EUGENIO. ¿Y las niñas?

MANUELA. Ahora vendrán. ¡Amparito, Concha...!

ESCENA VII

Dichos, CONCHA y AMPARO (*Entrando.*)

CONCHA. ¿Qué, mamá?

AMPARO. ¿Llamabas? (*Aparte.*) ¡Qué fastidio!

MANUELA. Venir a saludar a don Eugenio.

EUGENIO. ¡Hola, Amparito!, el bebé de la casa... y tú, Concha, tan buena moza como tu madre. ¡De casta le viene al galgo! ¡Ja, ja!

CONCHA. Esta Vd. muy bien.

AMPARO. Y más joven.

EUGENIO. Ilusiones; ya voy para abajo. El año que viene caigo, caeré, y cuando me echéis de menos diréis: ¿Y Don Eugenio?...

AMPARO. Claro, ¿y cómo va a venir estando muerto?

EUGENIO. Ja, ja... ¿Y de novios como andamos?

AMPARO. Esta (*por* CONCHA) sí tiene algo... pero yo.

CONCHA. También, también, pero es... poeta.

MANUELA. ¡Niña!, formalidad.

EUGENIO. Déjalas, déjalas, que están en edad de divertirse. (*Transición.*) Y ya después de cumplir con mi obligación de todos los años... (*Levantándose.*)

MANUELA. Muchísimas gracias por su tortada.

EUGENIO. Me voy. Adiós, Amparito; adiós Conchita. (*Se despide con besos de abuelo.*)

MANUELA. ¿Por qué no se queda a comer con nosotros? Desde que salimos de la tienda ningún año ha querido Vd. honrar nuestra mesa.

EUGENIO. No puedo. Manolita. Soy ya muy viejo y quien me saca de mis sopitas me mata. Además, vaya un regalo. Un convidado de mi clase. Masco como una cabra y no divierte ver a los viejos entre la gente joven. ¡A cada cual lo suyo!

MANUELA. Como ha de ser. ¡Lo que Vd. quiera!

EUGENIO. El año que viene os acordareis de mí al veros sin mi visita. No, no digáis que no. Pero mientras llega la hora, don Eugenio siempre firme en su tienda del mercado. (*Golpeándose el pecho y saliendo acompañado de todos.*) ¡Comerciante hasta la muerte!

(*A poco de salir, timbre y entra en escena la tía QUICA, madre de NELET y nodriza de AMPARITO. Viene cargada con una cesta que no deja nunca de la mano. Precedida de NELET entra balanceándose y atronándolo todo con sus chillidos.*)

AMPARO. (*Corriendo a abrazarla y arrepintiéndose de su alegría.*)

ESCENA VIII

MANUELA, AMPARO, CONCHA, QUICA y NELET

AMPARO. ¡El ama, el ama!

QUICA. (*Después de besuquear a AMPARITO y lanzar tres o cuatro exclamaciones.*) ¡Buenos días, señora! ¡Buenos días, señoretas! ¡Que tingan salud gracias a Déu! (*Se deja caer de golpe en el sofá haciendo crujir los muelles. A poco vuelve a levantarse y abraza a AMPARITO.*) ¡¡Filla meua!! ¡Qué remona y que retebonica estás! ¡¡Si parese una reina!! (*Vuelve a sentarse de golpe. Dando bufidos de cansancio.*) ¡¡Ay. mare de Déu, qué cansada que está una en Valensia!!

MANUELA. ¿Se está mejor en la huerta?, ¿verdad?

QUICA. ¡Ya lo creo, se está *molt bé*, sí señora. Si no *foera* por *felisitar* a la señora no hubiera venido. (*Convencida.*) No; porque mi deber, señora, está al lado de mi hermana Pepeta.

MANUERA: ¿Qué, está bien?

QUICA. ¡¡Calle, señora!! ¡¡Cuán apurada está la pobre!! Su marido es un *bufao*, un borrachín, y todos los domingos vuelve de la taberna del Copa a cuatro pies como un burro.

MANUELA. ¡¡Parece mentira!!

QUICA. ¡¡Y qué *palisas, mare de Déu*!! Mi pobre Pepeta pasa la vida de Santa Catalina de Sena, y la muy bestia erre que erre sin *aborreser* a ese pillo de *Pimentó*, que no vale ni un *paperet* de fumar. (*Vuelve a levantarse para abrazar a AMPARO.*) ¡Ay, *filla meua, què requetebonica estás*!! (*Se deja caer de golpe en el sillón.*)

MANUELA. ¡¡Quiqueta!!

QUICA. ¡¡Señoreta, si *parese* una reina!! Quién te había de *desir* que aquella que *chuaba en el meu NELET, puchanse ensima* de la burra², era esta reina. ¡¡*Mare del meu cor*!! ¡¡*Si es més bonica que tó lo del món*!! ¡¡*Si parese un anchelet* (*Nuevos abrazos y golpes al sentarse.*)

MANUELA. ¡¡Quiqueta!!

² «aquella que jugaba con mi Nelet, subiendo a lomos de la burra».

QUICA. ¡Perdone la señora, pero *la vull més que a la meua vida!* Un día me la he de *portar* a Alboraya para que contemplen en la fiesta todo su señorío. Allí, para que vea a los *porquets*³ que tanto le agradaban de *chicoteta*.

CONCHA. ¡No te quejarás!

QUICA. ¡Ahí ¿Te recuerdas del tío *Pallús*? ¿Y de su hijo?

MANUELA. Cómo se va a acordar (*con aire de disgusto*.)

QUICA. ¿Aquel que *hasia* el burro para que tú te amontaras?

AMPARO. No... (NELET *ríe como un gañán*. CONCHA *entra y sale en escena*.)

QUICA. Pues gueno, Nelet, se lo diría. Ha *mercao* un carro y viene de *fematero* a *Valensía*.

AMPARO. ¡Sí!

QUICA. Se lo digo, señoreta, para que le den el estiércol de la cuadra.

MANJELA Bien, Quiqueta que lo recoja.

QUICA. Y si tienen alguna ropita *vella*,

MANUELA. Bueno, bueno, ya se hará por él lo que se pueda.

QUICA. *Grasias, grasias, señoreta*. (*Intenta abrazar de nuevo a AMPARO, esta huye de sus caricias. Se deja caer en el sillón y empieza a sacar de la cesta bollos de pueblo, suspiros de monja, tortas de aceite*.) Y... esto que traigo para la señora y las niñas (*rectificando*) y las señoritas.

MANUELA. Bueno, bueno, anda con Nelet a la cocina y lo dejas allí. Acompáñala, Concha, y dale unos pastelitos para los chicos. (*Aparte*.) Aquellos que estropeó la perrita esta mañana. ¿Sabes?

QUICA. (*Encarándose con su hijo*.) Y tu Nelet *a vore* cómo te *portas* con la señora. ¿Eh? *A vore* si te *portas* bien; tu padre el tío Sento *tindrà* un disgusto *mol* grande si faltas a tu *obligación*. (*Reconviniéndole*.) ¿Aquí que te falta? Tienes *papusa*⁴ buena y segura. Trabajo *poquet*, vas vestido como un *señoret*. ¡Nelet, no seas bruto y...!

MANUELA. Bien, bien, anda, anda, Quiqueta, ve al comedor y te darán eso. Anda. (*Timbre*. NELET *sale a abrir*.)

QUICA. (*Abrazando a AMPARITO*.) ¡Uy, qué *xiqueta*, qué gloria de hija! (*Separándola y empujándola hacia el comedor*.) Anda, anda que viene visita.

QUICA. Adiós, *señoreta*.

MANUELA. Adiós, adiós. (*Después de salir*.)

NELET. (*Anunciando*.) ¡Los señores de Cuadros!!

³ Cerditos.

⁴ Comida.

ESCENA IX
CUADROS, TERESA y MANUELA

(Vienen con la ropa de las solemnidades. TERESA, con un vestido de seda negro y crujiente, los dedos cuajados de sortijas baratas. Él, de levita y chistera pasadas de moda, gruesa cadena de oro, guantes estrechos. Los dos tiesos y majestuosos dentro de su empaque ridículo, parece que lleven la ropa prestada.)

MANUELA. *(Dando la mano a TERESA.)* ¡Tanto gusto, Teresa! ¡Y Vd., Antonio, cuánto placer por verlos!

TERESA *(No acierta a pronunciar palabra ni a tomar asiento.)*

MANUELA ...Aquí, a mi lado, en el sofá,

ANTONIO» Pues sí, señora, nosotros en un día como este no podíamos prescindir de visitarlos, porque gozamos con la felicidad de ustedes, aunque nos esté mal el decirlo.

TERESA. *(Con encogimiento.)* Yo le dije a este: Hay que felicitar a doña Manuela.

ANTONIO. Y... aquí nos tiene Vd.

MANUELA. Muchísimas gracias por su ramillete. Tan delicada atención...

ANTONIO. Un recuerdo de amistad *(con énfasis)* de Casa de Burriel, aunque me esté mal el decirlo.

MANUELA. Sí, sí, ya he visto, de mucho gusto. Se lo agradezco en el alma.

TERESA. Yo le dije a este... Hay que obsequiar a doña Manuela.

ANTONIO. Y... la verdad, me pareció una delicada atención el recuerdito. Nada mejor para su fiesta onomástica, aunque me esté mal el decirlo.

MANUELA. ¿Y por qué no se quedan a comer con nosotros? Hoy precisamente tenemos convidado a mi hermano Juan.

TERESA. *(Mirando a su esposo para que continúe la conversación.)* Muchas gracias.

ANTONIO. Agradecidísimos, doña Manuela, tan solo hemos querido contribuir con nuestro *óbolo*... aunque...

MANUELA. *(Atajándole.)* Sabe Vd., hay que estar a bien con la familia; al fin y al cabo es el único hermano que tengo.

TERESA. Y rico.

MANUELA. Pero muy raro.

ANTONIO. Raro sí que lo es. Todos los días se da unos paseos larguísimos para conservar la longevidad.

MANUELA ... Sí, ya lo sé y... a pie. No gasta un céntimo.

ANTONIO. Sí gasta, aunque me esté mal el decirlo. Compra todas las antiguallas que encuentra y se le presentan... siempre que se las ofrezcan por menos de su valor y allá las guarda en su caserón bajo siete llaves.

TERESA. Dicen que hay ruidos en su casa.

MANUELA. No, a ese no le quieren ni los duendes.

ANTONIO. Habladurías de la gente plebeya.

MANUELA. Sí, pero habladurías o no, temo que un día le roben. Su tacañería me disgusta... pero entre hermanos hay que vivir en paz y por eso dejo que a mis espaldas hable mal de nosotros. ¡Gracias a Dios no le necesito!

ANTONIO. Afortunadamente, Vd. tiene para pasarlo bien y no recurrirá a los auxilios de ese avaro, aunque me esté mal el decirlo.

MANUELA. El pobre Melchor me dejó a su muerte una fortunita y aun cuando algo se gastó en vida de mi pobre Rafael que en paz descanse...

TERESA. Sí, era algo gastoso (*Mirada de su marido.* MANUELA *hace como quien no ha oído y continúa.*)

MANUELA ... aún tenemos para ir viviendo.

ANTONIO. En la época de su primer marido don Melchor, era otra cosa el comercio. Se prosperaba y se hacía fortuna... pero ahora...

MANUELA. También, también, no llore, que ya sé yo lo que es el comercio. Y no creo en sus lágrimas

TERESA. ¡¡Uy, no lo crea!

MANUELA. No, si no lo creo. Se lo aseguro.

ANTONIO. Las Tres Rosas ha tenido su época; hoy no desmerece, aunque me esté mal el decirlo, pero no es aquello. ¡¡Oh tómpora!!

MANUELA. ¿Y Andrés?

ANTONIO. Estudiando, siempre estudiando. Ya no le faltan más que cuatro años para terminar la carrera de abogado. Le tengo metido en un puño. Ahora a estudiar, que tiempo le quedará para divertirse. ¿Y Rafaelito?

MANUELA. En el tercero de Medicina, de ahí no hay quien le saque.

ESCENA X

MANUELA, CUADROS, TERESA, VIRTUDES, HIJA 1ª, HIJA 2ª

NELET. (*Anunciando.*) ¡¡Las señoras Magistradas!!

(NELET *se pone en pie y a partir de este momento doña MANUELA no hace maldito caso de los de CUADROS. Todas sus atenciones son para la nueva visita. Esta se*

compone de una mamá y dos niñas, viuda y huérfanas que tratan de aparentar más viudedad de la real.)

MANUELA. ¡Doña Virtudes! (*Abrazos.*) ¡Hola, monísimas! (*Presentando.*) Doña Virtudes... viuda del magistrado Altamira... sus niñas... los señores de Cuadros.

(Cortesías propias e impropias.)

VIRTUDES. ¡Tanto gusto!

ANTONIO. El gusto es nuestro, aunque me esté mal el decirlo...

TERESA. ¡Señora...!

MANUELA. ¿Y cómo tanto tiempo sin verlas? (*Asomándose a la puerta.*) ¡Conchita, Amparito... salid, doña Virtudes!

(Se sientan todos. A partir de este momento MANUELA habla en un tono lánguido que cree de muy buen tono. Los de CUADROS no despegan los labios mas que para pronunciar algún monosílabo y asentir con la cabeza, intentando marcharse, pero sin saber cómo. CONCHITA y AMPARITO salen, saludan y forman grupo aparte con las niñas de doña VIRTUDES.)

ESCENA XI

Dichos, CONCHA y AMPARO

VIRTUDES. ¡Que monas! ¡Esta Amparito es ya una mujer!

MANUELA. Nos hacen viejas.

VIRTUDES. Ca, si por Vd. no pasan años. ¡Está Vd. cada día más guapetona!

MANUELA. ¡Vd. sí que está joven y hermosa!

VIRTUDES. ¡¡Por Dios!!

AMPARO. Has visto qué furor hacen las pieles.

HIJA 1ª. Sí, visten mucho.

CONCHA. Yo quiero comprar unas que he visto en casa de González, preciosas...

HIJA 2ª. Vuelven las plumas de color en los sombreros.

HIJA 1ª. Mamá dice que ella tiene una de hace dos años y que para este son moda.

AMPARO. Yo tiro las de otros años.

HIJA 1ª. Vosotras sois ricas.

VIRTUDES. ¿Ha visto Vd. qué animación en el Mercado?

MANUELA. ¡Ay, hija!, salgo poco, querida; el frío y la lluvia me matan y eso que tengo carruaje, pero...

VIRTUDES. Sí...

(Se levantan por fin los de CUADROS.)

MANUELA. ¿Se van Vds. tan pronto?

ANTONIO. Sí, aún he de resolver dos o tres asuntillos...

MANUELA. Bien, bien, no les detengo.

ANTONIO. Y... aun cuando su compañía nos es muy grata, aunque nos esté mal el decirlo...

MANUELA. Adiós, Cuadros... y muchísimas gracias...

TERESA. Adiós, doña Manuela...

ANTONIO. Señoras, a los pies que beso de Vds.

VIRTUDES. Caballero...

ANTONIO. Adiós, Conchita; adiós, Amparito. Señoritas... a los pies que beso de Vds.

TERESA. Adiós, doña Manuela (*reverencia ridícula*), adiós.

(Se van acompañadas hasta la puerta por las niñas, la mamá sigue en el sofá.)

ESCENA XII

Dichos, menos CUADROS y TERESA

MANUELA. Sabe Vd., son unos antiguos amigos. Buenas gentes, pero atrasadillas. A él le protegió mucho mi primer marido. Fue nuestro dependiente. Hoy es el dueño.

VIRTUDES. Se les ve que tienen dinero.

MANUELA. Poca cosa, van viviendo. ¡Ya ve Vd., una tienda!

VIRTUDES. Hay que transigir. ¡Esta pícara sociedad!

MANUELA. ¿Por qué no tocáis un poquito el piano para que os oiga doña Virtudes?

VIRTUDES. No, para qué se van a molestar. Además, nosotras nos vamos...

MANUELA. ¿Tan pronto?

VIRTUDES. Se nos hace tarde y aún tenemos que hacer otras dos visitas de cumplido.

MANUELA. ¡Tienen Vds... tantas relaciones!

VIRTUDES. Ya ve Vd., mi esposo magistrado. Otro día y vendremos toda la tarde.

(Se levanta.)

MANUELA. Cuando Vd. quiera mandar a las niñas para que vengan con nosotras en el carruaje...

VIRTUDES. Ya, ya las mandaré algún ratito.

(Todos las acompañan hasta la puerta de la escalera.)

HIJA 1ª. Ya te vi el otro día acompañada de Roberto.

CONCHA. Sí, me pretende.

HIJA 2ª. ¿Y tú, Amparito?

AMPARO. ¿Yo?, ¿para qué? *(Se besan y se despiden.)*

MANUELA. Adiós, monísimas. Están preciosas.

VIRTUDES. Adiós, hasta prontito.

AMPARO. Que vengáis pronto. ¿Eh? Iremos a Caro.

CONCHA. Y tocaremos el piano y bailaremos. *(Salen.) (Pausa.)*

AMPARO y CONCHA. *(Con alegría.)* ¡¡El tío, el tío!! *(Entrando.)*

(Se oyen una tosecilla y un carraspeo precursores de su entrada y sale el tío JUAN apoyado en un bastón con puño de bola de marfil. Viste con sombrero cuadrado de media copa, chaqué de cortos faldones, que le hace parecer un pájaro desplumado, chaleco rameado de terciopelo, grande reloj de oro, sortijas antiguas, corbata de lazo. Detrás de él JUANITO, el otro hijo de doña MANUELA, con un ramo grande de flores en la mano. Es alto, desgarbado, con grandes barbas negras. Abrigo pasado de moda, sombrero partido. Hortera en día de fiesta. Tímido como un colegial.

Don JUAN antes de contestar, emplea una tosecilla previsoramente. Es viejo, pero fuerte y bien conservado.)

ESCENA XIII

CONCHA, AMPARO, MANUELA, tío JUAN y JUANITO

JUAN. ¿Me aguardabais, hijas mías? ¡Ejen, ejen!, pues he sido puntual. Son las doce.

(Las niñas le ayudan a quitarse el abrigo, recogándole el sombrero y el bastón.)

CONCHA. Traiga Vd., tío.

AMPARO. Deme Vd. el sombrero.

JUAN. Toma, hija.

AMPARO. Y el bastón.

JUANITO. Toma, mamá (*dándole el ramo.*)

MANUELA. ¡Este chico, este chico! (*Recoge el ramo sin saber dónde lo ha de colocar.*) Ya he recibido tu regalito esta mañana temprano. ¡El primero!

JUANITO. Quitándole el ramo a su madre. Trae, yo lo llevaré al comedor.

MANUELA. Bueno, déjalo allí, pero no te metas con las criadas.

(*Vase JUANITO.*)

ESCENA XIV

Dichos, menos JUANITO

MANUELA. Vosotras niñas, entretened al tío, mientras doy una vueltecita por la cocina para vigilar los preparativos. (*Al tío.*) Ahora verás cuanto ha adelantado Conchita en el piano. (*Sale.*)

ESCENA XV

Dichos, menos MANUELA

JUAN. (*A AMPARO.*) ¿Y tú no tocas?

AMPARO. Nada, tío. El profesor dice que soy demasiado aturdida y me ha declarado incapaz. La verdad es que yo quisiera hacerlo todo enseguida y al ver que no puedo... me enfurezco y me entran ganas de dar puñetazos al piano.

JUAN. ¡¡Que chiquilla!! ¡Ejen! ¡Qué chiquilla!

AMPARO. Mamá dice que ya que no puedo ser pianista, que me dedique al canto. El otro día canté en casa de las Magistradas. ¿Quiere Vd. oírme?

JUAN. No, no, dejáros de músicas y daros prisita con la comida. ¡Ejen!

CONCHA. (*Levantándose del piano.*) ¿No quiere el tío que toque? Pues lo dejo. Aquí a su ladito.

AMPARO. Y una comida más rica que tenemos... Verás, verás.

JUAN. Un banquete. ¡Ejen!, algún nuevo despilfarro de tu madre.

CONCHA. (*Suavizando la mala impresión.*) No, tío, si es cocido.

AMPARO. Y un pescadito a la bayonesa...

CONCHA. Y... unas longanizas con tomate... que dicen comedme.

AMPARO. Y...

JUAN. ¡¡Qué despilfarro!!

AMPARO. (*Sin que el tío la vea y señalando con el puño cerrado.*) Y... un capón.

JUAN. Vaya, vaya, qué bien cuidáis al tío ¡ejen!, para heredarle pronto ¿Verdad?

ESCENA XVI

Dichos y MANUELA

MANUELA. (*Entrando.*) ¿Qué dices, viejo gruñón?

AMPARO. Se queja de la comida.

MANUELA. Calla, calla, viejo avaro. Toda la vida serás un miserable. ¿De qué te sirve guardar tanto dinero? ¿Vas a llevártelo al otro mundo?

JUAN. ¿Yo? ¡Ejen! Pienso retardar todo lo posible el viaje... y tiempo me queda para malgastar los cuatro cuartos que tengo. ¡Ejen, ejen! No quiero que nadie se ría de mí después de muerto.

CONCHA. Bien podías darnos los aguinaldos.

JUAN. Toma, para que no digas que soy roñoso.

AMPARO. ¡¡Una peseta!! (*Las niñas se retiran de su lado.*)

JUAN. ¿No la quieres? Trae. ¿Y Juanito?

MANUELA. No dejando vivir a Visanteta. (*Llamándole.*) ¡Juanito!...

ESCENA XVII

Dichos y VICENTA

VICENTA. (*Entrando.*) Señora...

MANUELA. ¿Qué? ¡Juanito!...

VICENTA. No, señora. Venía a preguntarle qué cubiertos pongo.

MANUELA. (*Aparte.*) Mira, Visanteta, no te extremes mucho. Mi hermano es capaz de comer de mala gana si ve lo que él llama lujos. Pon los antiguos. ¿Sabes? No te equivoques.

VICENTA. ¿Y la pala?

MANUELA. También. Hoy trabajarás mucho Visanteta. Mi gusto hubiera sido encomendar un par de platos a la fonda, pero como el rancio de mi hermano. . . . (*Observando.*) ¿Qué, te aburres? (*A su hermano que sentado en el sofá mira al techo. Las niñas revolotean del piano al balcón.*)
Sale VICENTA.)

JUAN. Así, así. ¡¡Ejen!!

MANUELA. Pues oye, yo quisiera decirte algo.

JUAN. Empieza.

MANUELA. Mira, Conchita, ve a dar una vuelta por la cocina para que se den prisa y... tú, Amparito... al lado de tu hermano para que no estorbe a las criadas. (*Salen.*)

ESCENA XVIII
JUAN y MANUELA

MANUELA. (*A JUAN.*) Es de lo más zafio que puede darse. No le gusta más trato que el de escaleras abajo.

JUAN. (*Con ironía.*) Rafaelito es más fino. ¡¡Ejen!! ¿Verdad?

MANUELA. (*No acierta a empezar.*) Pues mira, Juan, yo quisiera pedirte un favor.

JUAN. No siendo dinero.

MANUELA. Precisamente de eso quería hablarte.

JUAN. (*Imitándola en el tono y ademán.*) Pues mira, Manuela, ¡ejen!, precisamente de eso no quería hablarte yo.

MANUELA. Es poquita cosa. Dos mil pesetas...

JUAN. (*Sin dejarla continuar.*) Dos mil pesetas. ¡¡Pero estás loca!! ¿De dónde quieres que saque yo dos mil pesetas?

MANUELA. Mira, Juan, hazte cargo (*insinuante*), hay que vivir con dignidad.

JUAN. Eso, eso, con dignidad.

MANUELA. No es que yo sea derrochadora, no; es que precisa sostener el honor de la casa. Las niñas ya son casaderas... y esto, Juan de mi vida, exige grandes sacrificios y grandes apuros.

JUAN. (*Haciendo aspavientos.*) ¡Estás loca, estás loca!

MANUELA. ¿A quién mejor que a que a ti debo acudir?

JUAN. ¡Ejen, ejen! Yo también tengo mis apuros y no recurro a nadie.

MANUELA. No, tú no me abandonarás, ¿verdad?

JUAN. ¿Tú te figuras que yo apaleo las onzas?

MANUELA. Si aun cuando no lo tengas, Juan (*más persuasiva*), con que me firmes unas letritas...

JUAN. (*Levantándose encolerizado.*) ¡¡Hasta aquí podíamos llegar!! (*Tosecilla más fuerte.*) Firmar... firmar...

MANUELA. Por San Juan, cuando cobre de mis arrendatarios, podré devolvértelo.

JUAN. ¡Ni por San Pedro!, ¡caramba!, ¿para esto me has convidado? Ni ahora ni nunca verás un céntimo mío. Cuando murió tu segundo marido, me prometistes ser un modelo de economía y prudencia y yo fui tan tonto que te creí.

MANUELA. ¡Si es un apuro de momento!

JUAN. Déjame y no me interrumpas. ¡Ejen! Lo sé todo. Y a mí no se me engaña tan fácilmente. No tienes un pedazo de tierra libre de hipotecas, las rentas no te dan para cubrir los réditos, los usureros no te dejan vivir,... y tú, en vez de economizar, como me prometiste, gastas más y más.

MANUELA. Ya viste que vendí la berlina y los troncos...

JUAN. Sí, y bajaste al principal dejando de alquilarlo y compraste una galerita y un caballo que no sirve más que para mantener al bigardón de Nelet, que se te come la cebada y las algarrobas. Tú serás de aquellas de quienes decía el pobre papá (*tarareando*.)

*Arròs y tartana
casaca a la moda
y rode la bola
a la valensiana*

CONCHA. (*Entrando*.) Ya está todo, mamá.

AMPARO. La sopa dice Visanteta que la pondrá cuando tú quieras. ¡Qué contento estás tío! Cantando y todo.

MANUELA. ¡¡Cállate Juan!! ¡Me pones nerviosa con tus groserías!

JUAN. Callaré, hija; no quiero molestarte en un día como este, pero... (*Sigue canturreando*.)

MANUELA. (*Aparte*.) ¡¡Viejo miserable!! (*Suena el timbre*.)

(*Hasta que entra el nuevo personaje, MANUELA se pasa la borla de polvos delante del espejo arreglando su tocado*.)

ESCENA XIX Dichos y ANDRÉS

ANDRÉS. (*Hijo de CUADROS; pollo cursi y muy leído*.) Antes de ir a comer, he querido venir a felicitar a doña Manolita.

MANUELA. (*De mal humor*.) Gracias, Andresito.

ANDRÉS. Y deseearla muchos años como este en compañía de su querido hermano e hijas.

JUAN. Gracias, pollo, gracias.

MANUELA. ¿Quieres tomar un pastelito?

ANDRÉS. No; se me quitaría la gana y ya me voy a comer. Es la una menos diez.

MANUELA. Como quieras. (*Pausa.*)

ESCENA XX
Dichos Y VICENTA

(*Sale VICENTA y habla con MANUELA. El tío JUAN se vuelve a sentar y mira al techo, después al reloj. Vase VICENTA.*)

JUAN. La una.

AMPARO. Menos diez, títo.

MANUELA. Espera un poquito, hombre.

JUAN. Si a la una no como, me voy.

CONCHA. ¡¡Por Dios, títo, no seas impaciente!!

JUAN. Ya conocéis mis costumbres ¡ejen! A las doce en punto...

MANUELA. Si aún no ha venido Rafaelito.

ESCENA XXI
Dichos y JUANITO

JUANITO. (*Entrando.*) Mamá, ya está la comida.

MANUELA. (*Aparte.*) Calla, hombre, pues es lo único que nos faltaba. (JUANITO *va al lado de su tío.*)

ANDRÉS. (*A AMPARITO.*) ¡Y es posible que seas tan ingrata, que no des contestación a mis aspiraciones!

AMPARO. ¡Pero Andresito, si somos tan jóvenes!

ANDRÉS. Mira, yo te querré más que Dante a Beatriz, que Petrarca Laura... que Auxiàs March a Teresa...

AMPARO. No he oído hablar más que de Auxiàs March. Yo creí que fuera algún concejal, porque como le llaman así a la calle donde vive mi modista...

ANDRÉS. No, tontina; fue un poeta, pero yo te haré unos versos mejores que aquellos que me premiaron en la Juventud Católica dedicados a la Virgen que dicen:

*Señora, tú que sabes
el secreto del canto de las aves...*

MANUELA. Andresito, se te va a hacer tarde y luego tu papá...

ANDRÉS. (*Turbado.*) Pues es verdad al lado de Amparito... del tío Juan... de Vds. (*Aparte.*) No se dar pie con bola. (*Despidiéndose.*) Adiós (*Al salir, a AMPARO.*) ¿Me querrás?, di. ¿No me harás padecer más tormentos? ¿Serás la ambrosía que llegue a mis labios sedientos después de...?

AMPARO. (*Como distraída y sin hacerle caso.*) ¡Bueno, seremos novios pero que no lo sepa mamá!

JUAN. ¡Ejen, eje! La una. ¿Comemos o me voy? (*Timbre.*)

ANDRÉS. (*Desde la puerta.*) Adiós, adiós a todos. ¡Cuán feliz soy!

ESCENA XXII

Dichos, menos ANDRÉS

MANUELA. Vamos a la mesa. Comeremos sin mi hijo.

JUAN. O sin tu hermano, ¡ejen, eje!, porque yo no me tengo en pie de la debilidad. La una y cuarto.

ESCENA XXIII

MANUELA, JUAN, AMPARO, CONCHA, JUANITO y RAFAEL

RAFAEL. (*Entrando sin saludar a su tío.*) Roberto, me ha entretenido un poquito y me ha encargado que os salude a todos. (*Aparte a CONCHA.*) Vendrá después a tomar café.

ESCENA ÚLTIMA

VICENTA. (*Asomando por la puerta.*) ¡La sopa está en la mesa!

CONCHA. A la mesa, a la mesa...

AMPARO. Anda, títo, anda, después nos darás los aguinaldos... porque eso de la peseta será una broma.

MANUELA. (*Aparte.*) Veremos si después de la comida es más amable.

RAFAEL. (A CONCHA.) ¿Qué te ha dado? ¿Una peseta? ¿Y quieres más? Si creerás que el tío gasta bromas de a peseta.

(*Salen todos hacia el comedor; JUAN el último con JUANITO.*)

JUAN. (*Tarareando.*)

*Arròs y tartana,
casaca a la moda*

.....

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala despacho en casa de los señores de CUADROS. Habitación adornada con mal gusto y muebles de valor. Balcones y puertas al foro y laterales. Por el Mercado y debajo de los balcones de la casa pasa la procesión.

Al levantarse el telón, aparecen en escena, don EUGENIO y el tío JUAN. El primero en traje de casa y con una gorrilla de sedas, el segundo con sus inseparables gabán y bastón.

ESCENA PRIMERA

Don JUAN y don EUGENIO

JUAN. Opino como Vd., don Eugenio, ¡Ejen! Eso de arrojar la fortuna al viento con la esperanza de una ganancia loca... queda para los tontos.

EUGENIO. Tiene trastornado el seso de tal manera, que para nada sirven mis consejos ¡Ay, mi pobre tienda! ¡Tiemblo que pueda quedar deshonrada para siempre! ¡Gran Dios, no quiero pensarlo!

JUAN. Pues como ese hombre sea quien tiene que evitar la ruina de Cuadros, ¡ejen!, bien estamos.

EUGENIO. Yo quiero a todos con toda el alma. ¿Tengo otra familia acaso? Y por lo mismo que les quiero tanto me preocupa su suerte y no puedo ver con tranquilidad como Antonio se mete de cabeza en tan peligrosas aventuras.

JUAN. ¡Si fuera el solo!, ¡ejen!, aún, aún, pero me temo que también ha llenado de grandezas la cabeza de mi sobrino y... milagro será que no sea una de tantas víctimas de la rapacería de ese Mortón a quién el diablo se lleve.

EUGENIO. ¡Juanito! No; es incapaz de comprometerse en aventuras de esa clase. Gracias a él sigue la tienda adelante, porque Antonio no es más que un huésped en la casa.

JUAN. Sí, ya lo sé, ya.

EUGENIO. Del café a la Bolsa, del escritorio a casa del banquero; por las noches a las tertulias, por las tardes...

JUAN. Y todo esto... naturalmente, ¡ejen!, en coche. ¡Ja, ja, ja!

EUGENIO. Y con unos gastos exorbitantes. ¡Ay, don Juan de mi alma! ¡Qué tiempos aquellos, los nuestros!

JUAN. No, don Eugenio, si estos no son peores. Lo malo entonces y ahora es la maldita ambición que todo lo invade. ¡Ejen! Los mocosos no se conforman con ser aprendices, quieren pasar a ser amos, y todos, todos en el afán insano de subir, hambrientos de figurar, olvidan sus principios y pierden su honradez, trocándolos por el oropel de los triunfos fáciles. ¡Ejen!

EUGENIO. En nuestros tiempos, don Juan, antes de gastar un ochavo, le dábamos mil vueltas, pero nos contentábamos con lo nuestro y... tan felices.

JUAN. Y ahora, le dan mil vueltas a la cabeza, ¡ejen!, para quitar la bolsa al vecino.

EUGENIO. ¡Si Vd. viera qué diferencia de vida; de cambio tan notable! Antes soñaba Antonio con que su hijo fuese abogado... y ahora mira impasible cómo abandona sus estudios para dedicarse a la equitación. Dice que lo primero es hacer de él un hombre a la moda. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. Hubiera hecho la gran pareja con mi hermana. ¡Ejen! Los dos tan fachendas, deseosos de meterse en una esfera superior a la suya, ¡ejen!, para que los echen a puntapiés. ¡Ja, ja, ja!

EUGENIO. Yo nada puedo hacer, porque no soy más que un trasto inútil en la casa, pero, moriré pronto, lo veo que esto acelera mi muerte. No puedo. Necesito tranquilidad y no me acuesto ninguna noche sin llevar en el cuerpo un berrinche más que regular. Lo que yo digo, ¿pero señor, por qué se meterá este hombre en libros de caballería?

(Sale JUANITO por primera derecha. Cuida del arreglo de su persona como hombre enamorado que desea agradar.)

ESCENA II

Dichos y JUANITO

JUANITO. Tío, no sabía que estuviera Vd. aquí. *(Corre a darle un abrazo.)*

JUAN. A los viejos ya no se nos hace caso. ¡Ejen! La juventud, ¡ejen! *(recalcando la frase)* gusta de la juventud.

JUANITO. ¡Hola, don Eugenio! ¡Qué milagro es este, Vd. por el despacho!

EUGENIO. Quizá sea el último año que vea la procesión y quiero presenciar el desfile de todos mis antiguos amigos y conocidos. *(Pausa.)*

JUAN. Oye, Juanito, ¿me han dicho que tienes novia? ¿Es una muchachita que acompañabas el otro día? Te vi con ella al salir de San Juan.

JUANITO. (*Algo turbado.*) No... sí... es decir, yo le diré a usted.

JUAN. No tienes por qué avergonzarte. ¡Ejen! ¿Es buena, te agrada? ¿Qué se te importa a ti de la opinión ajena? Cada cual come con la cuchara que elige.

EUGENIO. Creo que trabaja de costurera en las casas.

JUANITO. Sí, señor, y mantiene con su trabajo a la señora que la acompaña.

JUAN. Y... tú las mantendrás a las dos y todos viviréis felices si os amáis, que la felicidad la da el amor.

EUGENIO. ¡Cómo se anima mi buen don Juan! Hace honor a su nombre.

JUAN. No, mi don Eugenio; no es que reverdezca la vejez, ¡ejen!, es que recrudeciéndose, quiero aconsejarle a este pobre mío que siga el derrotero de su corazón para que no marche de ninguna manera por donde le marca la estultez de su madre.

JUANITO. Tío, es Vd. demasiado cruel al juzgar a su hermana.

JUAN. ¡Ejen! Cruel, cruel ¿A que te ha pedido dinero otra vez?

JUANITO. No... Yo le aseguro...

JUAN. ¿Lo ves? En tu negativa conozco que me engañas. No te esfuerces, no, pero atiende mi consejo. Como te quiero mucho, como a un hijo, me preocupa tu porvenir. Sé quién es Tónica. ¿No se llama así? ¡También los débiles tienen derecho a su parte de felicidad! ¡Ejen!

JUANITO. (*Quiriendo interrumpirle.*)

JUAN. Con tu huerto de Alcira, la tienda de las Tres Rosas que será tuya, ¿verdad, don Eugenio?

EUGENIO. ¡Ojalá!

JUAN. Y... algo que te dejará tu tío Juan, ¡ejen!, puedes vivir, que demonio, y ser felices.

JUANITO. ¡Gracias, tío, gracias!

JUAN. ¡Ejen! Espera, ¡ejen!, que aún no he terminado, pero... si haces caso a tu madre y hoy te da un sablazo, mañana le firmas unas letras, y pasado o al otro...

JUANITO. No es eso tío, es que mamá...

JUAN. ¡Qué mamá ni qué narices! ¿No es también mi hermana? ¿Y dejaré por eso de reconocer que tiene la cabeza, ¡ejen!, más hueca que una muñeca de cartón? A mí no me engaña, ¡Ejen! Bambolla y farfalla. ¡Ejen! Que no cuente conmigo para nada, ni para ella, ni para sus hijos.

JUANITO. (*Viendo el pleito mal parado intenta remediarlo.*) ¡Pero tío!, ¡si mamá es buena; por ser demasiado buena le sucede lo que le sucede! ¡Si no tiene nada suyo!

JUAN. Eso; ¡ejen!, tu lo has dicho, no tiene nada suyo y quiere, ¡ejen!, tener lo de los demás.

EUGENIO. Bien, don Juan, no se sofoque. ¿No me aconsejaba Vd. antes despreocupación?

JUAN. ¡Bah! Tiene Vd. razón. ¡Ejen! Allá cada cual con lo suyo (*Transición.*)
Quédese Vd. viendo su procesión, que yo me voy de paseo; quiero prolongar mi vida todo lo posible. ¿Vienes Juanito?

JUANITO, No, tío, siento no poder acompañarle, voy a buscar a mamá a casa de doña Teresa para que vengan a ver la procesión.

EUGENIO. ¡Dichosos vosotros! Yo no me atrevo a poner los pies fuera de casa.

JUAN. Adiós, don Eugenio. Hasta otro ratito.

JUANITO. Adiós, hasta luego. (*Salen.*)

ESCENA III

TERESA y JUAN

TERESA. (*Entrando.*) ¡Cómo, don Juan!, ¿se va usted? ¿No quiere quedarse a ver la procesión con nosotros...? Ahora que vendrá su hermana.

JUAN. Menos, Teresa, ¡ejen!, menos.

TERESA. ¡Qué cosas tiene Vd.! En fin, como Vd. quiera. Otro año será.

(*Salen JUAN y JUANITO.*)

ESCENA IV

TERESA y don EUGENIO

EUGENIO. Yo me voy arriba a mi cuarto... Aquí parece que me falta aire para respirar. (*Sale deprisa.*)

TERESA. ¡Qué par de viejos más raros!

ESCENA V

ANDRÉS y TERESA

ANDRÉS. (*Entrando en escena por la derecha.*) Mamá, mamá... la señora de López pregunta por ti.

TERESA. Voy, voy... No me dejan un momento tranquila.

ESCENA VI

ANDRÉS

ANDRÉS. (*Al quedarse solo se sienta detrás de la mesa y empieza a garrapatear en unas cuartillas.*) Si no aprovecho los momentos que tengo de inspiración... después me cuesta Dios y ayuda encontrar los consonantes. ¡Caray, qué requetedifíciles que son los ovillejos⁵! Y este es un compromiso de honor. Se lo ofrecí el otro día, cuando se le enredó la madeja que devanaba, y yo le dije: «¡Yo te la desenredaré, no te apures!, y si no, te traeré otra de mi casa», y... aquí tengo el regalito pero le falta el ovillejo que se hizo... este..., este sí que es difícil de hacer. A pesar de que, según Conchita, en cuanto me mira un poco fija Amparito, ya estoy hecho un ovillo... un ovillejo, ¡como soy pequeño! ¡Qué chiste tan espontáneo!, se lo he de decir luego. Pero... volvamos, Andresito, que no se diga que un poeta premiado, nada menos que en la Juventud Católica, se apura por cuestión de consonantes. (*Sigue escribiendo. Pausa.*) Lo leeré todo a ver qué tal me suena. (*Declamando con énfasis.*)

¿Cuándo el tiempo va volando?

Charlando.

¿Y de qué hablar sin temor?

De amor.

¿Con quién, mi bien, yo te digo?

Contigo.

Por eso Amparo me obligo

a pasar mi vida entera

dando forma a mi quimera

charlando de amor contigo.

¿Quién de tu lado se aleja?

La madeja.

¿Devanada por tu Andrés?

⁵ Combinación métrica formada por tres octosílabos, cada uno de los cuales va seguido de un tetrasílabo, y de una redondilla, rimando todos los versos en consonante.

Es.
¿De tus ojos el reflejo?
Ovillejo.
Mas no por eso me quejo
y muy contento te digo,
charlando de amor contigo
la madeja es ovillejo.

(*Se levanta.*) ¡Redondo, redondo!!, me ha salido redondo. Claro; como que es un ovillejo. (*Ríe.*) Y en cuanto la vea... se lo recito. (*Vuelve a escribir.*) Voy a copiarlo en limpio y se lo daré envolviendo la madeja. (*Pausa, escribe.*) Pero... si me ha parecido oír a su voz. (*Escuchando.*) Claro; no me engaña el corazón. Aquí viene.

ESCENA VII

CONCHA, AMPARO, MANUELA y ANDRÉS

(*Entran CONCHITA, AMPARO, doña MANUELA por la puerta del foro. Cuando indica el diálogo TERESA por la derecha*)

MANUELA. ¡Hola Andresito!! ¿Cómo estás? Anda, dile a tu mamá que venga.

CONCHA. ¡Venimos sofocadas! Esto es indigno de Valencia. ¡Cuidado qué brutos!
¡Cómo nos han puesto!

(*Entran llenas de harina de un huevo que les han estrellado los de las Rocas.*)

AMPARO. ¡Andresito!!

ANDRÉS. ¡Cielín mío!!, la verdad es... que es... una atrocidad.

MANUELA. Hija, ¡qué paisanos tengo!

ANDRÉS. ¿Quieren ustedes un cepillo?

CONCHA. Y arreglarnos un poco la cara, por lo que es así... no estamos presentables.

ANDRÉS. (*A AMPARO.*) ¿Y a ti, te ha ocurrido algo?

MANUELA. Anda, Andresito, avisa pronto a tu mamá.

TERESA. (*Entrando.*) ¡Pero doña Manuela!, ¿qué es eso? ¡Por Dios, si le han estropeado el traje!

MANUELA. Eso quiero, arreglarnos un poco la cabeza y cepillarnos.

TERESA. Pasen ustedes aquí. En mi alcoba encontrarán todo lo que les haga falta.

(*Entran en el cuarto MANUELA, TERESA y CONCHA.*)

TERESA. Pero, ¿y Juanito, no ha ido a buscarlas?

MANUELA. Sí, Juanito escapó de prisa y corriendo desde la esquina.

CONCHA. Se le haría tarde para ver a su Dulcinea y antes es ese... espantajo que su familia. (*Sale.*)

MANUELA. ¡Dichosos hijos!

ESCENA VII

ANDRÉS y AMPARITO

ANDRÉS. ¿De verdad que no te ha ocurrido nada?

AMPARO. No, tontín, ¿qué me ha de suceder?

ANDRÉS. Mira; lo prometido es deuda. Aquí tienes la madeja que te enredé.

AMPARO. Calla, tontín, si no vale la pena.

ANDRÉS. Fíjate, que envolviéndola, va mi corazón hecho un ovillo.

AMPARO. ¡Ay, sí, sí, unos versos! (*Mirando al cuarto.*) ¿Sale mamá?

ANDRÉS. No; se están poniendo polvos. Puedes leerlos...

AMPARO. Ya los leeré en casa. Si me los ve mamá me los romperá.

ANDRÉS. Anda, léelos, tontina, son muy bonitos. ¿Oye, me das un... (*al oído*) en premio?

AMPARO. No, no, no, que lo pueden oír.

ANDRÉS. Yo a ti.

AMPARO. No, no. (*Escena movida.*)

ESCENA VIII

Dichos y CUADROS

CUADROS. (*Entrando tose y hace como si no hubiera visto nada.*) ¡Ejen, ejen!
¡Hola, Amparito!, ¿y tu mamá?

AMPARO. Está ahí dentro en la alcoba, arreglándose un poco el pelo, porque con las apreturas nos han puesto...

CUADROS. Sí, sí, ya he visto.

ESCENA XIX

MANUELA, CUADROS, TERESA, CONCHITA, AMPARO y ANDRÉS

(Sale MANUELA, CUADROS *viste mejor que antes. Tiene más desenvoltura y aparenta más señorío.*)

MANUELA. ¡Hola, Antonio!

CUADROS. ¡Caramba, doña Manuela! ¿Qué les ha ocurrido? ¡Hola, Conchita!

(*Saludos, etc.*)

MANUELA. Pues ya la sabrá Vd. Hemos venido andando entre esa chusma y no sé, no sé cómo hemos podido llegar.

CUADROS. ¿Por qué no ha venido en el carruaje?

MANUELA. ¡Ay, Cuadros! ¿Ustedes no saben nada?

CUADROS. No, aunque me esté mal el decirlo.

TERESA. ¿Qué?

MANUELA. Pues que el pobrecito Brillante se nos ha muerto antes de ayer. (*Se limpia los ojos con el pañuelo.*) Si yo no sé cómo hemos tenido humor para salir a la calle.

CONCHA. ¡Pobrecillo!, si Vd. viera.

TERESA. ¿Y cómo fue? No sabíamos nada.

CUADROS. ¿Qué le ha ocurrido?

MANUELA. No lo sé a ciencia cierta. Un cólico, una sofocación... no lo sé. Pobrecillo.

CUADROS. ¡Caramba!, que lo lloran Vds. más que uno de la familia y eso, qué demonio, pronto tiene arreglo, aunque me esté mal el decirlo. Ya lo dice el refrán: «¡A rey muerto, rey puesto!».

AMPARO. Eso le dije a mamá.

TERESA. Y Juanito que nada nos ha contado.

MANUELA. Juanito me tiene muy disgustada, porque está demasiado preocupado con los amoríos de esa costurerilla.

TERESA. ¡Ah, sí!

MANUELA. Sí; una tal Tónica... que vive en la calle de Gracia.

CUADROS. Pues, nada doña Manuela, eso tiene arreglo. Si usted quiere, mañana le mandaré a mi cochero con un caballo tan bueno o mejor que Brillante. Ayer me lo ofrecieron por tres mil pesetas. ¡Magnífico, aunque me esté mal el decirlo!

MANUELA. No se moleste... déjelo.

CUADROS. Una señora de su posición no puede estar sin enganchar un solo día y nosotros, los que ya tenemos algún viso, nos debemos a la sociedad en que vivimos.

MANUELA. Sí, verdad, tiene Vd. razón, pero ahora, quizá vayamos al campo...

CUADROS. Nada, nada, mañana se lo envío y... siempre para servirla. Vd. me perdonará que no me entretenga más con Vd.; es absoluta mi presencia dentro de un momento (*saca un buen reloj de oro*) en una junta de accionistas... y... aunque me esté mal el decirlo, soy el *factótum*. (*Se despide.*) Adiós, Amparito, formalidad; adiós, Conchita, hasta ahora.

TERESA. ¿Pero vendrás pronto?

CUADROS. (*Sacando unos papeles del escritorio.*) Sí, hija, en cuanto pueda.

TERESA. Mira que está la casa llena de gente. Y las familias que han de venir.

CUADROS. En cuanto pueda, mujer, en cuanto despache. ¡Oh los negocios! Doña Manuela, me traen de cabeza los negocios. (*Sale CUADROS.*)

TERESA. Andar vosotras a la sala, ahora iremos. Estaréis mejor. (*Salen AMPARO, ANDRÉS y CONCHA. Pausa.*)

ESCENA XI

MANUELA y TERESA

MANUELA. ¡Que atareadísimo está su esposo!

TERESA. ¡Ay, doña Manuela, si Vd. supiera! Tenemos que hablar. Espéreme Vd. un momentito que dé una vueltecita por el salón porque aun cuando está mi hermana... no es lo mismo y enseguidita vengo. Tengo mucho que contarle y he de pedirle un favor... pero en secreto. (*Vase.*)

ESCENA XII

MANUELA

MANUELA. ¡Para favores estoy yo! ¡Mis antiguos criados en carruaje y yo teniendo que aguantar los apretones de la plebe! ¡Yo, la hija de un millonario! ¡La viuda del doctor Pajares a pie! ¡Ah, maldito avaro, se necesita todo tu mal corazón para viendo a tu hermana en la miseria no darle siquiera una sed de agua! (*Pausa.*) ¡Pero, y mi hijo!! ¡Que desagradecido!! ¡Quién lo

había de pensar! ¡Vender el huerto de Alcira y no darme siquiera cinco mil pesetas para salir de apuros! (*Con rabia reconcentrada.*) ¡Canallas, canallas! (*Reaccionando.*) Hay que vivir. Hagamos de tripas corazón. (*Pensando.*) ¡Si yo me decidiera...!

ESCENA XIII

TERESA y MANUELA

TERESA. ¿Ha esperado mucho? Todos están colocados en los balcones viendo desfilar las Rocas. ¿Quiere Vd. que nos asomemos?

MANUELA No, Teresita, no, es un espectáculo que me sé de memoria. Lo mismo de todos los años. Mejor estaremos aquí... Cuénteme, cuénteme qué le sucede y desahogue su pecho en el de esta buena amiga que siempre la quiso. (*Con interés.*) ¿Qué era ello, algún disgusto de familia?

TERESA. (*En voz baja.*) ¡Que Cuadros tiene una amante!

MANUELA. (*Con asombro grande.*) ¡Vaya con Cuadros! ¡Quién iba a imaginarse una cosa así!

TERESA. Sí, señora, el Evangelio.

MANUELA. ¡Todos los hombres son lo mismo! No hay que fiarse de ellos. El que no la hace a la entrada la hace a la salida. Ya sabe Vd. lo que yo pasé con Pajares. Ni Santa Rita de Casia sufrió tanto como yo con aquel hombre endemoniado. Pero, cuente Vd., a lo que estamos. Lo mío ya pasó y a nadie interesa.

TERESA. Esta mañana lo he descubierto todo. Bien es verdad que ya me recelaba algo por el despego con que me trataba, pero ¿quién iba a imaginarse tanto? Esta mañana al limpiarle una chaqueta, le encontré una carta de mujer.

MANUELA. ¿Y de quién era?

TERESA. De una tal Clarita. ¡Pero qué carta doña Manuela! ¡Qué cosas más indecentes había en ella! Parece imposible que hombres honrados y con hijos puedan leer esas porquerías.

MANUELA. ¿Quién es esa Clarita? ¡Valiente apunte será la tal!

TERESA. Aguarde Vd.; apenas me enteré de todo sentí gana de ir a la cama de Antonio y arañarle. No se ría Vd., doña Manuela; hubiera querido ser hombre para hacer una barbaridad. ¡Pero una vale tan poco! Y además que cuando una es honrada y quiere al marido, se le tiene respeto y no se

atreve una a hacer ciertas cosas. Antonio sabe mucho y es capaz de hacerme ver lo blanco negro. (*Convencida.*)

MANUELA. (*Impaciente.*) Bueno, ¿pero que hizo Vd.?

TERESA. ¿Que qué hice? Pues averiguarlo todo. Buena soy yo para dejarse las cosas a medias. La tal Clarita es una perdida, según me dijo la portera. Hace dos años vende géneros de punto aquí en el Mercado y ahora vive en un entresuelito de la calle del Puerto, que le han ido pagando en diferentes épocas otros señores de la Bolsa, antes que mi marido.

MANUELA. Y... ¿usted la ha visto?

TERESA. Sí señora, la portera me la enseñó. Estaba asomada al balcón con una bata muy lujosa, que bien puedo decir que me ha robado.

MANUELA. Y... ¿es guapa?

TERESA. ¡Fea, doña Manuela, muy fea! Huesos y pellejos nada más, pero con una cara de desvergonzada. . . ¡Mi Antonio, un hombre tan serio, con esa mala piel! ¡Ay, doña Manuela, yo creo que me va a dar algo! (*Llora y gimotea.*)

MANUELA. (*Consolándola.*) No llore usted, Teresa; eso es lo que le gustaba al mío. Los hombres gozan haciéndonos padecer. Todo menos llorar. Cuando hable usted con Antonio, muéstrese altiva y seria. Nada de cariño, sino los muy pillos se esponjan y engríen.

TERESA. ¿Hablarle yo? No. señora. Además, tiemblo al pensar en hablar. ¡Qué diría mi Andresito, que don Eugenio, que es la honradez personificada!

MANUELA. Pues yo le daría un disgusto.

TERESA. ¡Ah, si yo tuviese una persona caritativa, que se interesara por mi suerte!

MANUELA. ¡Por Dios, Teresa! ¿Para qué servimos las buenas amigas? Déjelo de mi cuenta, que ya me encargaré yo de velar por la moral de su familia, que considero como mía, (*Con entonación.*) ¡Yo haré que vuelva al redil esa oveja descarriada!

TERESA. ¡Gracias, gracias! Cómo podré pagarle.

MANUELA. ¡Chist! Al balcón que viene gente.

ESCENA XIV

Dichos, AMPARO y CONCHA

CONCHA. (*Entrando.*) ¡La procesión!

AMPARO. (*Entrando.*) ¡La procesión, mamá!

MANUELA. Sí, ya la vemos desde aquí. Estamos bien.

AMPARO. (*Retirándose del balcón.*) ¿Has visto que calva tan reluciente lleva Peláez? ¡Si parece que se la han untado con clara de huevo! ¡Ja, ja, ja!

CONCHA. (*De mal humor se sienta en una butaquita.*)

MANUELA. ¿Qué te pasa? ¿Ha venido tu hermano?

AMPARO. Sí, Rafaelito sí, pero Roberto no. Por eso está de monos.

CONCHA. ¿Y a ti que te importa?

AMPARO. Menos que a ti, ya lo sé.

CONCHA. Anda con tu... poetastro que te recite cursiladas.

AMPARO. Por lo menos es novio, pero lo que es el tuyo. No tiene de novio ni esto.

MANUELA. ¿Queréis asomaros?

AMPARO. No, me voy a la sala.

TERESA. Anda, vete con ella, Conchita, quizá venga.

CONCHA. No, si no es por eso.

MANUELA. Anda tonta, déjalo no vale ningún hombre el que una mujer se disguste.

AMPARO. Veníamos por flores, para cuando pase la custodia.

TERESA. Ahí en mi alcoba están.

AMPARO. ¿Vamos por ellas?

CONCHA. Vamos; se las voy a tirar al primer calvo que pase, en venganza.

(*A poco cruzan la escena con dos canastillas llenas de flores.*)

ESCENA XV
MANUELA y TERESA

MANUELA. ¿Ve usted, ve usted? Desde pequeñitas sufriendo.

TERESA. (*Asomándose al balcón.*) Allí viene mi marido.

MANUELA. ¡Pronto ha dado la vuelta!

TERESA. No estaría en casa. ¡Mala pécora! La dejo a usted con él que seguramente entrará aquí y...

MANUELA. Ya le diré cuántas son tres y dos.

TERESA. Voy a la otra sala. ¡Gracias, gracias doña Manuela! ¡Cómo podré pagarle!

(*Se abrazan.*)

MANUELA. Adiós, no nos sorprenda. (*Sale TERESA.*)

ESCENA XVI
MANUELA y CUADROS

(MANUELA *se arregla la cara y se asoma de nuevo al balcón.*)

CUADROS. (*Entra. Fijándose en MANUELA.*) ¡Manuela, como la han dejado sola!

MANUELA. Porque ya no me pierdo.

CUADROS. ¡Que ocurrencia!

MANUELA. Sí, amigo Antonio; sé andar solita por el mundo sin tener tropiezos.
(*Recalcando la frase.*)

CUADROS. (*Algo desconcertado y aparte.*) ¿Sabrá algo? Yo... (*tose*) aunque me esté mal el decirlo.

MANUELA. Sí, muy mal le debe estar el decirlo, señor de Cuadros, muy mal... y más vale que no diga nada.

CUADROS. ¡Manuela, está usted irónica y mordiente! (*Recobrando la serenidad, poco a poco cambia su actitud hasta hacerla francamente desaprensiva.*)
Nunca hubiera creído que usted tomase tanto interés por mis asuntos.

MANUELA. En verdad, que tampoco hubiera creído yo encontrar esa actitud en usted, pero mis deberes, entiéndalo bien, mis deberes de buena, antigua y leal amiga, me obligan a intervenir en sus asuntos, en esos asuntos que le hacen perder la cabeza como un colegial.

CUADROS. ¡Buen sermón! Y a todo esto, sin saber por qué.

MANUELA. ¡Pobre inocente, que no sabe de lo que se trata! Vd. es un zamacuco muy grande.

CUADROS. ¡Hasta insultos! Muchas gracias. (*En broma.*)

MANUELA. No hay de qué; ya sé que desde hoy le trataré como a un hombre de cuidado (*En broma.*) ¡Ya le ajustaré yo las cuentas!

CUADROS. ¡Pero, por todos los santos, Manuela, mi futura preceptora, que sepa al menos de que se trata!

MANUELA. En serio, amigo Cuadros. Nunca hubiera creído que tuviese tan mal gusto. Le hablo con sinceridad. Como mujer. Las mujeres no perdonamos que se nos engañe y menos con otra mujer que valga menos. ¿Lo quiere Vd. más claro?

CUADROS. Ni el agua, ahora lo he entendido.

MANUELA. Es que si no me hubiera entendido, se lo diría más fuerte, más claro no.

CUADROS. Pues bien. Tiene Vd. razón Manuela. Yo no soy comprendido. Los negocios me abruman; pesa sobre mi cabeza un *cúmulo* tal de cosas, aunque me esté mal el decirlo, que si fueran continuas terminarían por volverme loco y de ahí el que por necesidad busque algo nuevo que me distraiga de la monotonía de ganar dinero. ¡Más claro tampoco puedo ser!

MANUELA. ¡Ah, por fin confiesa de plano!

CUADROS. Sí, señora, y aún me atrevo a asegurarle que, a no ser un temperamento *cartoniano* como el de Vd., cualquiera otro aprobaría a mi conducta.

MANUELA. ¡Pobrecito, si no perdería la salud!

CUADROS. (*Con seriedad.*) No, señora, pero de nada me serviría la riqueza si no trajera consigo la felicidad. Mire Vd. a Teresa, le doy cuanto no había soñado en tener; la quiero como a una buena amiga, mas la pobrecilla es tan corta de *intelecto*, que no ve como vulgarmente se dice más allá de sus narices. ¡Qué expansiones caben en una naturaleza como la suya! Andrés, mi hijo, disfruta de la vida porque gracias a Dios puede disfrutarla y, aunque me esté mal el decirlo, tiene talento natural: suficiente para no necesitar quebrarse la cabeza con estudios. Quiero que viva con arreglo a su clase; quiero hacer de él un *sportman*.

MANUELA. (*Interrumpiéndole.*) Y Vd., siguiendo la moda por lo visto, quiere tener querida porque es de buen tono, como se tiene coche o se lleva un buen brillante en el dedo ¿No es eso?

CUADROS. ¡Pchs! Sea lo que Vd. quiera Manuela, pero... (*Con algo de tristeza y un mucho de atrevimiento.*) Si en mi vida hubiera tropezado con una mujer de talento, de hermosura y de distinción,... como Vd., por ejemplo.

MANUELA. ¡Gracias por la galantería!

CUADROS. (*Con osadía.*) ¡Justicia Manuela!, no hubiera caído tan bajo.

MANUELA. ¡Vamos, por Dios, a que resultan que se me va a declarar! (*Con risa fingida y algo azorada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia, hombre, pero que muchísima gracia! (*Se levanta y él la sigue dispuesto a continuar requebrándola.*)

CUADROS. Vd. hubiera sido la mujer ideal...

MANUELA. (*Con risa nerviosa.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Pero que mucha gracia!

(*En este momento baja don EUGENIO, sorprendiendo algo de la escena. Ellos advierten enseguida su presencia y hablan con naturalidad.*)

ESCENA XVII
Dichos y don EUGENIO

MANUELA. ¡Buenas tardes, don Eugenio! Siempre en su farmacia, ¿eh?
EUGENIO. Sí, Manuela, los viejos a un rincón. El muerto al hoyo...
CUADROS. ¿Quiere usted ver la procesión? Ya está para llegar la custodia.
EUGENIO. (*Mirando a MANUELA.*) ¿No ha llegado ya?
MANUELA. (*Con displicencia.*) No; están todavía en los primeros pasos.
EUGENIO. (*Aparte.*) ¡Cuando yo digo, que no puedo acostarme ni un solo día sin un berrinche en el cuerpo!

ESCENA XVIII
Dichos, CONCHITA, AMPARO, ANDRÉS y TERESA

(*Entran en tropel CONCHITA, AMPARO, ANDRÉS y detrás TERESA.*)

AMPARO. ¡Ya da la vuelta, ya da la vuelta!
CONCHA. Venimos a arrojar flores al patio desde este balcón ¿Nos dejas, mamá?
ANDRÉS. (*A AMPARO.*) ¿Vas a volver a mirar al tenientillo?
AMPARO. ¡Tontín! ¡Si tú eres el único ser amado!
TERESA. Aquí me han traído a remolque, en busca de unas flores. Entrad, entrad en mi alcoba. Aún deben quedar otras dos canastillas.
CONCHA. ¡Vamos, vamos por ellas!
EUGENIO. Las mejores flores sois vosotras, capullitos de rosa.
ANDRÉS. Sí, pero con espinas, don Eugenio. Mire usted Amparito cómo me ha pinchado. (*Salen.*)

ESCENA XIX
MANUELA, TERESA y CUADROS

TERESA. ¡Qué criaturas! (*Aparte a MANUELA.*) ¿Qué, le dijo algo?
MANUELA. Sí; ya hablaremos.
CUADROS. Oiga Vd., Manuela. ¿Por fin quiere Vd. que me encargue de la compra de su caballo?
MANUELA. No... ¿por qué molestarse?
CUADROS. Molestia ninguna, por Dios, con muchísimo gusto.

TERESA. Déjele Vd., tiene muy buenos amigos. Puede conseguirlo mejor y más barato.

MANUELA. Bien; acepto su ofrecimiento. (*Con intención.*) Sea como ustedes quieren. (*Aparte.*) Yo no he de ser más papista que el papa. (*A CUADROS.*) Vd. me dirá cuánto...

CUADROS. ¡Quite usted, por Dios, no faltaba más! Me cree usted tan pobrecito, que no puedo hacerle ese pequeño anticipo. ¡A mucho honor! ¡Aunque me esté mal el decirlo!

MANUELA. Repito las gracias.

CUADROS. Mañana mismo se lo llevaré a casa y, si usted permite, iré yo en persona a llevárselo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, EUGENIO, AMPARO, CONCHA y ANDRÉS

EUGENIO. (*Sale con las niñas cargado de flores.*)

MANUELA. ¡Todavía le echan flores, don Eugenio!

EUGENIO. ¡Ay, doña Manuela! Me anticipan la ofrenda de la sepultura. Yo duraré poco muy poco.

CUADROS. ¡Siempre con su eterna manía!

TERESA. Y está muy fuerte, no crea.

CONCHA. (*En el balcón.*) Mira, mira don Frutos el concejal.

AMPARO. (*Al lado de ANDRÉS.*) ¡Qué guapo va el duque con el uniforme de maestrante!

ANDRÉS. ¡Y qué memo! No sabe hacer ni una aleluya.

TERESA. ¡Yo creo que este año va más gente! ¡Qué atrocidad!

(*Don EUGENIO se arrodilla delante del balcón. Se oye lejana la música del piquete; las niñas arriman las cestas a su inmediatez. Por los balcones entra la claridad y reflejo de las luces.*)

CUADROS. (*Procurando arrimarse a MANUELA.*) ¡Es un espectáculo hermoso! ¡Sublime!

MANUELA. Niñas, arrodillaros que pasa Dios.

(*TERESA se arrodilla golpeando su pecho. Las niñas arrojan flores. La música se acerca un momento y vuelve a alejarse.*)

AMPARO. ¡Andresito, que no me dejas respirar siquiera!

CUADROS. *(Con énfasis, Acercándose más a MANUELA y volviendo después al centro de la escena con ella una vez pasada la custodia.) (Pausa.)* ¡Y aún dicen que no hay fe! Por fortuna, la religión de nuestros padres vive y vivirá siempre. ¡Aquí quisiera yo ver a los impíos! ¡La religión es lo único que puede contener a esa gente de abajo!

(Las niñas continúan en el balcón. Don EUGENIO se levanta sacudiéndose las rodilleras; TERESA contempla a su marido con admiración y la música se aleja hasta cesar.)

ANDRÉS. *(En segundo término, junto al balcón.)* ¿Tú querrás que yo sea guerrero, como esos del frac blanco?

AMPARO. Yo te quiero de todas maneras, cielín.

CONCHA. ¡Jesús, qué babosos estáis!

TERESA. Pasarán al comedor a tomar un refresquito. ¿Eh?

MANUELA. ¿Vamos... niñas?

(CUADROS ofrece el brazo a su mujer y a MANUELA; ANDRÉS a las dos hermanas; don EUGENIO con su gorrilla puesta y apoyado en su bastón los ve salir.)

MANUELA. ¿No viene usted, don Eugenio?

CUADROS. ¿Qué, no se anima?

EUGENIO. Andar con Dios. Yo, a mi cuarto. *(Salen todos.)* ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué los viejos hemos de ver el porvenir? ¡Qué escándalo, Dios mío! ¡Qué escándalo! ¡Pobre Teresa! *(Sale apoyándose en su bastón.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del Acto Primero, adornada con más lujo y algo más ordenada. VISANTETA, arreglada a la moda de criada de casa grande, acaba de poner en orden los muebles de la habitación. NELET de uniforme, con guantes blancos y la gorra en la mano.

ESCENA I

VICENTA y NELET

VICENTA. ¡Dejas un perfume a cuadra por donde pasas! ¡Uff, *quina pudor!*!

NELET. Si como tú estuviera continuamente utilizando todos los cacharretes de las señoritas... olería a ángel. (*Se acerca a Vicenta y la huele exageradamente.*)

VICENTA. Déjame, bruto. ¿Qué haces?

NELET. *Auloran*⁶... como los perros.

VICENTA. Pues no sigas por ese camino... porque ya sé lo que vendrá después.

AMPARO. (*Desde dentro.*) ¡Visanteta...!

VICENTA. Voy, señorita.

CONCHA. (*Desde dentro.*) ¡Vicentaaa...!

VICENTA. Voy... señorita; voy. (*Entra 1ª derecha.*)

NELET. ¡Cada día está más guapetona! ¡Ay! Si ella quisiera, al año que viene no olería a cuadra.

ESCENA II

NELET y RAFAEL

RAFAEL. (*Sale por la izquierda. Sombrero ancho, corbata encarnada, traje de verano y un cigarro de marca en la boca, Una contusión grande en un ojo.*) Dile al señorito Roberto, que le espero en el Royalti, en vez de donde le dije esta mañana. ¿Sabrás dar el recado?

NELET. Sí, señorito. No pase cuidado. (*Medio mutis.*)

RAFAEL. ¡Ah! y antes dile a la señora que venga.

⁶ Olfateando.

NELET. (*Va a cumplimentar la orden.*) Voy enseguida.

ESCENA III

RAFAEL

RAFAEL. No he querido pedirle nada a mamá delante de ese animal barbudo de Juanito. Desde que se ha dedicado a hombre de negocios, no hay quién lo resista.

CONCHA. (*Desde dentro.*) ¿Rafael? ¿Estás ahí?

RAFAEL. No me has oído.

CONCHA. Oye, entra un momentito.

RAFAEL. Déjame en paz. Será alguna sandez lo que hayas de decirme.

CONCHA. No; entra hombre.

RAFAEL. No lo has notado, ya que no quiero.

CONCHA. Gracias, hombre, gracias. No esperaba menos de ti.

ESCENA IV

RAFAEL y MANUELA

(*Sale doña MANUELA con vestido de seda, elegante y retocada. Detrás NELET y vase.*)

MANUELA. ¿Que quieres?

RAFAEL. Levantándose del silloncito. Mira, mamá: quiero dinero.

MANUELA. ¿Ya gastaste los diez duros que te di ayer?

RAFAEL. ¡Bah!, ¿y qué son diez duros en ferias?...

MANUELA. Así no podemos continuar, Rafaelito.

RAFAEL. También tú vas a sermonearme... ¿Se te ha pegado la costumbre de Juanito?

MANUELA. No es reprensión, hijo mío, es que en este momento no estoy muy bien de fondos. Ya sabes que el dinero que me empleó Cuadros en... bueno, en negocios, ha tenido una alza inopinada y que para sostener la situación ha sido preciso echar el resto.

RAFAEL. ¿Pchs? Lo que yo digo; cada día más parecida al imbécil de mi hermano. ¿Yo que tengo que ver con el alza, ni con la baja? Yo te pido dinero.

Cuarenta o cincuenta duros que necesito y... no creo que sea tan fuerte la cantidad, para que influya en Bolsa. ¡Ja, ja, ja!

MANUELA. No te haces cargo, hijo, pero te engaño con la verdad. No tengo tanto dinero en casa.

RAFAEL. Bien. Quiere decirse que lo buscaré por otro lado. Es un compromiso de honor, una deuda de juego, y estas deban saldarse a las veinticuatro horas.

MAMUELA Pero hijo mío, ¿es posible? ¿Y a quien debes esa cantidad?

RAFAEL. A... Roberto. Comprenderás mi situación y mucho más después de lo ocurrido.

ESCENA V Dichos y JUANITO

(Sale JUANITO por la izquierda y se queda mirando a su madre y a su hermano.)

JUANITO. Yo creía que te habías marchado ya.

RAFAEL. *(Con sequedad.)* Ya lo ves que no.

MANUELA. Hijo, tienes unas preguntitas...

RAFAEL. ¿Pchs...? de lo que es.

JUANITO. *(Le mira con desprecio y conteniéndose.)* No quiero contestarte. No mereces que me tome tal trabajo.

MANUELA. *(Cortando de golpe. A RAFAEL.)* Ven aquí dentro y te cambiaré el billete.

RAFAEL. Vamos. *(Entran por la izquierda.)*

ESCENA VI JUANITO y CONCHA

CONCHA. *(Sale de su cuarto con traje elegante de manola, mantilla blanca, peineta de teja; como para ir a la corrida de toros de Feria.)* ¿Te gusto? ¿Estoy bien? ¿Voy guapa?

JUANITO. Mucho; estás muy bonita, como siempre. Pareces una maja de Goya.

CONCHA. ¡A los toros! ¡A los toros! *(Con alegría.)*

JUANITO. Vais con Cuadros, ya lo sé. A mí no me gusta la fiesta. Es demasiado bárbara. ¡Ah!, y a propósito de bárbara, oye: ya sé quien ha puesto así el ojo a Rafael.

CONCHA. ¿Sí?... ¿Y a mí qué me importa?

JUANITO. (*Con asombro.*) ¿Que... a ti... qué? ¿Entonces tú no sabes?

CONCHA. Sí, hombre, si lo sé. No seas pelma.

JUANITO. ¿Entonces...?

CONCHA. Sus razones tendrían. ¿A ti qué te importa?

JUANITO. (*Trocando su asombro en indignación.*) ¿Pues no ha de importarme? Como que se trata de la honra de mi familia, de la tuya. No es posible. Tú no sabes nada. Parece ser que Roberto, tu novio, se permitió hacer en público algunas afirmaciones no muy correctas acerca de tu conducta y de sus relaciones contigo y...

CONCHA. ¿Ah, sí?

JUANITO. (*Con calor creciente.*) Y Rafaelito no lo consintió de ninguna manera. Le cruzó la cara como a un canalla. Después...

CONCHA. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! Está bien la historia. Has debido leerla en algún folletín... detrás del mostrador... ¡Ja, ja, ja!

JUANITO. No; lo leí en su cara amoratada por los golpes recibidos. Ese cardenal es una muestra fehaciente de su valor y de su dignidad. No lo tomes a broma porque lo sé de buena tinta. Tal acción hace que me reconcilie con él y detrás de él voy yo. ¡Que te conste!

CONCHA. Mira, chico, todo eso que dices son líos de Rafaelito y harás bien no metiéndote en nada. Yo quiero a Roberto, ¿Me entiendes? Él me quiere a mí a pesar de cuanto digas y eso de que se permitió hablar ciertas cosas... es una mentira de Rafael, que, según me han dicho, iba la otra noche como una cuba. Vaya que le está bien a ese señorito meter cisco en la familia. ¡Más le valdría no emborracharse, o por lo menos que las borracheras no las pague yo!

JUANITO. (*Con asombro, no creyendo en tal indignidad.*) Pero... ¿y tú... mi hermana... me dices eso? (*Con rudeza.*) Estás loca, no lo creo.

CONCHA. Cállate. Como eres un tonto, crees que todos los jóvenes han de ser iguales a ti. Roberto es como es... y basta. Yo contenta, pues todos satisfechos.

(*Sale RAFAEL y se va sin decir adiós. Detrás doña MANUELA. JUANITO que no ha salido de su asombro corre al lado de su madre y con indignación le dice:*)

ESCENA VII
JUANITO y MANUELA

JUANITO. ¡Mami, mamá! ¿Es posible? ¿Tú sabes?

MANUELA. ¿Qué, hijo, por Dios? Me asustas.

JUANITO. Yo no puedo permitir que esa loca, por amor o por despreocupación, mire tan impasible lo que tan de cerca le hiere: la honra y el honor de la familia. ¿Tú sabes...?

MANUELA. Sí, yo lo sé todo, mi pobre Juanito. (*En tono bondadoso.*) Tú eres muy bueno, no conoces el mundo, no tienes sociedad y te extrañan y escandalizan muchas cosas que realmente carecen de importancia.

JUANITO. ¡Mamá!

MANUELA. No tuerzas el gesto, que no intento defender a ese muchacho, aunque me extraña mucho que un joven distinguido como Roberto haya podido decir tales infamias Pero ten en cuenta que tanto Rafaelito como él estaban algo alegres... y las cosas hay que tomarlas según está el que las dice. (*Asombro en JUAN; transición en MANUELA.*) En fin, Juanito mío, no te preocupes de la casa, que aquí estoy yo para vigilarlo todo. Conchita no volverá a salir a la escalera.

JUANITO. ¡Mamá!

MANUELA. ¿No te parece bastante? Pues hijo, no hay que echarlo todo a barato. Al fin Roberto es un buen partido y Conchita no va a despedirle por cuatro palabras dichas como una broma inocente. ¡Caramba con el don Quijote de la familia! (*Entra en su cuarto.*)

(JUANITO *se sienta en un sillón abatido, con la cabeza entre las manos.*)

ESCENA VIII
JUANITO

JUANITO. ¡Cada día estoy más solo en esta casa! Mis hermanas con sus novios... Rafael ligado por el vicio y por las trampas con ese canalla de Roberto... y mi madre... mi madre atenta a su lujo y la maldita ambición. ¡Cuánta razón tiene el tío Juan! Yo soy de otra raza. Yo soy el hijo de Melchor Peña, de aragonesote honrado, del hombre de bien, ellos... son los hijos de Pajares, los legítimos vástagos de mi madre. ¡Qué atrocidades se me

ocurren! ¡Dios mío, qué malo soy! ¡Pensar así de mi madre! Es buena, muy buena, una santa; una mujer honrada a carta cabal. ¡Pocas habrá como mi madre! ¡Qué locura pensar mal de ella! (*Pausa.*) ¡Ay, cuando podré realizar mis sueños...! Pobre Tónica, esa sí que me quieres... (*Pausa.*) En fin, ya falta poco. (*Tornándose alegre.*) El año que viene podré, gracias al Sr. Cuadros y al Sr. Mortón realizar una fortunita... y entonces... ¡ah!, entonces... (*Se levanta restregándose las manos.*)

ESCENA IX

JUANITO, AMPARO y CONCHA

CONCHA. (*Saliendo y al ver a su hermano.*) ¡Cuando yo digo que, si tú no estás loco, te falta poco!

AMPARO. (*Sale también arreglada como su hermana.*) ¿Por qué no vienes, bobalicón? Verás qué bonito.

CONCHA. Déjale, déjale, que se vaya con esa... cursi.

JUANITO. (*La mira indignado, no le dice nada y se va.*) Tiene razón el títo. (*Aparte.*) ¡Son Pajares!

AMPARO. ¡Cuánto tardan! Debe ser ya la hora.

CONCHA. ¿Y mamá? ¿Por qué no estará ya arreglada? Mamá, mamá... (*Sale por la izquierda.*)

(VICENTA que ha salido un momento antes anuncia:)

VICENTA. ¡El señorito Andrés!

AMPARO. ¡¡Mi Andresito!!

ESCENA X

AMPARO y ANDRÉS. Después CONCHA

ANDRÉS. (*Desde la puerta.*) ¿Estás solita? (*Corre hacia donde está AMPARO y le ofrece un ramo de flores.*) Toma, en holocausto de nuestro amor. Tan ardiente como el color de estas flores. Tan...

AMPARO. También has tenido mala sombra. ¡Ni uno amarillo! Así hubiera llevado en el pecho los colores de la bandera.

ANDRÉS. Mira, no he pensado que los toros son la fiesta nacional... si no...

AMPARO. Te perdono, porque fue sin intención. ¿No lo volverás a hacer?

CONCHA. (*Saliendo.*) ¿Y... tu papá cuándo vendrá a buscarnos?

ANDRÉS. No lo sé; pero no tardará. Salió en el auto en dirección a la Bolsa y a lo mejor charlando de negocios se le va el santo al cielo y ni se acuerda de la corrida.

CONCHA. ¡Pues hijo, sería una gracia!

ANDRÉS. Yo, te digo la verdad, estando a vuestro lado...

CONCHA. A su lado, hipócrita; yo maldito lo que te importo.

ANDRÉS. Contigo no quiero nada. Pareces una avispa, siempre estás dando picotazos.

CONCHA. ¡Y, tú!, ¿qué pareces? Un zángano, sin tener otra cosa que hacer más que zumbear al lado de mi hermana.

AMPARO. ¡Conchita, Conchita...! Deja a mi zanganito que vuele siempre junto a mí. ¡Tengamos la fiesta en paz!

CONCHA. ¡Cursi!

AMPARO. (*Vacilante.*) ¡Bueno! (*Se oye la bocina del auto.*)

ANDRÉS. ¡Papá, papá, ya oigo su voz!

CONCHA. ¡Qué voz tan fea tiene!

AMPARO. Mas quisieras tú que tenerla parecida.

CONCHA. ¿Por qué no nos vamos a buscar a doña Teresa? Así mientras se arregla mamá. Voy a decírselo.

AMPARO. No le digas nada, tonta, si no, no nos dejará.

ANDRÉS. Yo os acompañaré.

AMPARO. ¡Eso, eso! (*Palmoreando con alegría.*) Andresito será nuestro caballero y nosotras las dos señoras que van en el auto. *Paff, paff.* (*Imitando el sonido de la bocina.*)

CONCHA. Pues vámonos. Sal, nos esconderemos aquí y en cuanto entre don Antonio... nos vamos.

ANDRÉS. Aprobado.

AMPARO. Muy bien, muy bien. Andad de prisa, que ya sube.

(*Salen todos precipitadamente.*)

ANDRÉS. Mi sombrero, espera.

AMPARO. Ahí te quedas.

CONCHA. Que más te da. Ahora es moda ir sin nada en la cabeza. (*Con intención.*)

ANDRÉS. Sí... pues allá voy. (*Salen corriendo.*)

ESCENA XI
CUADROS y MANUELA. Después JUANITO

(Al momento entra CUADROS.)

CUADROS. ¡Ah de la casa!

MANUELA. (*Entrando por la izquierda.*) ¿Qué jaleo es ese? ¿Qué alboroto? ¡Niñas!

CUADROS. ¡Hola, Manuela! Si estoy yo solo, ¿a quién llamabas?

MANUELA. A las niñas. ¿No estaban aquí?

CUADROS. Aquí no hay nadie más que yo. ¿Te parece poco? (*Se oye la bocina del automóvil que se va.*) ¡Carape, es mi auto! ¿Dónde irá ese bruto? (*Se asoma al balcón y dice adiós con la mano.*)

MANUELA. ¿A quién saludas?

CUADROS. (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! A mi hijo, que te roba a tus dos hijas. ¡Ja, ja, ja!

MANUELA. De tal palo.

CUADROS. Tal astilla. (*La acaricia.*)

MANUELA. Me alegro que estés de tan buen humor. (*Después de reconocer la habitación y mirar por las puertas.*) Y de que estemos solos.

CUADROS. Tú dirás.

MANUELA. Necesito dinero.

CUADROS. (*Con mal humor.*) ¡Carape, otra vez dinero! Si hace unos días te di.

MANUELA. Si; tienes razón, pero soy muy gastadora. Hoy mismo, hace un momento le he dado a Rafaelito el último billete de cien pesetas que tenía en casa.

CUADROS. Hija, en serio, así no podemos seguir. Es necesario que moderes un poquito los gastos, por lo menos por ahora. El alza sigue en aumento... y gracias a que la situación no puede prolongarse, si no sería la ruina.

MANUELA. Hombre, no creo seamos mis hijos y yo la causa de tu ruina. Limosnas no pido, Antonio. No estoy acostumbrada.

CUADROS. Vaya, ya se incomodó.

MANUELA. Antes lo hiciste tú y no me quejé.

CUADROS. Ni poco. ¡Vaya unos desplantes!

MANUELA. Los que mi dignidad ordena. |

CUADROS. Bueno, bueno, sea lo que tú quieras, no estoy para incomodarme esta tarde ¿Cuánto quieres?

MANUELA. Para morirme de hambre y de vergüenza, nada, todo me sobra.

CUADROS. ¡Mujer! (*Cariñoso.*) Perdóname, ya sabes que mi carácter es así, algo brusco, pero en el fondo soy un cordero, aunque me esté mal el decirlo.

(Durante el diálogo MANUELA se coloca de perfil al foro derecha, volviendo la cabeza a la izquierda y CUADROS al besarla da la espalda al mismo lado; es decir, que son vistos por JUANITO sin que ellos puedan verle ni apercibirse.) Te dije eso... por mis razones, pero no mi dinero, mi vida entera es tuya. Ven, dame un beso. . Anda... déjame...

MANUELA. *(Huye la cabeza pero accede.)* Bueno, dámelo, pero yo a ti... *(con mimos y zalamerías de amor de vieja)*... no.

CUADROS. Ves... ya te cogí, así; ahora tú a mí.

MANUELA. Toma *(le besa)*, pero no te lo mereces.

(JUANITO, que ha presenciado la anterior escena desde la puerta derecha, queda mudo de estupor y de espanto. Suena la bocina del auto.)

MANUELA. Quita, quita... anda, vámonos. Ya están ahí niñas. *(Sale huyendo de las nuevas caricias que intenta prodigarla CUADROS.)* ¡Eres un sátiro... un sátiro...! *(Vuelve la cabeza tapándose con el abanico.)*

CUADROS. Y tú, la ninfa Egeria⁷.

(Salen. Juego escénico movido, rápido, para que lógicamente sea posible y no puedan percatarse los actores. JUANITO, saliendo de su asombro, anda vacilante unos cuantos pasos hasta el centro de la escena, desesperado, anonadado por lo que ha visto y ha oído.)

JUANITO. ¡¡Dios mío, Dios mío!!, ¿es verdad o es un sueño? ¡¡Horroroso!!

(Se oye de nuevo la bocina del auto que se aleja. JUANITO, como un ebrio o como un loco sale de escena sin reparar en nada. Al salir tropieza y atropella a NELET que entra.)

ESCENA XII

NELET y VICENTA

NELET. Pase, pase, señorito... ¡Qué diablos le pasará al señorito! *(Encogiéndose de hombros.)* ¡¡Allá él!!

VICENTA. *(Sale de la habitación de la izquierda.)* ¡Gracias e Dios que se fueron!

NELET. ¡Sí que se ponen pelmas!

⁷ Ninfa del séquito de Venus, protectora de las novias y de las futuras madres.

VICENTA. Tú no puedes quejarte, gandul, que bien poco trabajas. ¡Si fueras como yo! Vicenta... la señorita Amparo, mis ligas; Visanteta... la señorita Concha, mi corsé; Vicenta,... la mamá, la colonia; Vicenta...

NELET. Vete, que viene el señor... (*Ríe como un bruto.*)

VICENTA. Calla, deslenguado.

NELET. (*Riendo como un gañán.*) Pero... ¿no es verdad?

VICENTA. Y ¿tú crees que todas las verdades pueden decirse?

NELET. De lo que yo tengo ganas es de poder decir de verdad. Che, ahí queda eso, y marcharme a Alboraya para ocuparme de lo mío. ¡Ay, Visanteta, qué ratitos de trabajar íbamos a tener los dos!

VICENTA. ¡Quita allá, gandul, mala persona!

NELET. Oye, oye, pues no te creas que va a ser tan difícil. Mira; ayer por la mañana fui a ver al señor Mortón y me dio cincuenta duros de intereses.

VICENTA. A ese paso...

NELET. Y yo le pregunté: «Diga Vd. señor Mortón, ¿cuánto tengo ya de capital?».

VICENTA. ¿Cuánto le diste?

NELET. Cien duros que recogí de los salarios atrasados.

VICENTA. ¿Y... por cien duros, en tres meses, te ha dado cincuenta?

NELET. Justos y cabales.

VICENTA. ¿Me convidarás, eh, me feriarás algo?

NELET. Ca; si no tengo una *aguileta*. Al ver to lo que me daba el señor aquel, pues le dije: «¿Y yo no podría dejar esto aquí, tres o cuatro meses más? Y...».

VICENTA. ¿Los admitió?

NELET. No quería, pero yo insistí: «Ande Vd., mire que soy un pobre. . . que es todo lo que tengo» y fue y los recogió otra vez y más aún, le di otros cinco duretes que tenía de propinas.

VICENTA. A ese paso... millonario.

NELET. Y tú, ¿por qué no le das tus ahorros?

VICENTA. ¿Quién, yo? Si no tengo nada.

NELET. Quita *dai*... Roñosa escamona...

VICENTA. Y muy contenta, primo. ¿Tú crees que eso puede ser verdad?

NELET. Pues no ha de serlo, si a mí me los ha *donat*. Si los he tenido en mi mano.

VICENTA. Le he oído decir muchas veces a don Juan que ese señor Morcón o Mortón o como se llame, era un tío farsante y que eso no podía ser.

NELET. Pues no ha de poder ser, che; ino te lo digo yo que los he tenido en la mano!

VICENTA. No me convences, Don Juan es tan listo como ese señor y sabe mucho, y cuando él dice que no puede ser.

NELET. Que sí, que sí y que sí.

VICENTA. Anda bruto, que eres más bruto.

NELET. Y tú y toas las mujeres mas desconfiás... ¡Mia que negar lo que se ve!

VICENTA. Ya verás tú; el día menos pensado vendrá algo que no te esperas. Eso no puede ser y no es. (*Convencida.*)

NELET. *Rosí, rosí francés*⁸.

(*Suena el timbre de la puerta.*)

VICENTA. Anda, vete a abrir, que han llamado.

NELET. ¡Qué van a llamar!

VICENTA. ¡Que sí, hombre! Sal, que tu obligación es.

NELET. No me da la gana, *¿Saps?*

(*Vuelve a sonar el timbre.*)

VICENTA. ¿Has oído? Se lo diré a la señora.

NELET. (*Se levanta del sillón donde estaba sentado malhumorado y sale a abrir.*)
¡Por fin te saliste con la tuya! Llamaron.

VICENTA. (*Reflexionando.*) No creo en esas ganancias fabulosas. Para ganar una peseta hay que trabajar mucho, la verdad, y eso de que un señor como ese, a pesar de ser tan religioso como dicen, dé duros a peseta... ¡Si fuera al contrario!

NELET. (*Entra con un telegrama.*) Oye, firma tú ese *paperet*, que yo no sé de letra.

VICENTA. Trae a ver. (*Leyendo la dirección.*) Para el señor de Cuadros y urgente. Esto no es para mí.

NELET. Es que ha dicho el chico que lo ha traído que firmara yo.

VICENTA. Será el destinatario.

NELET. (*Con asombro.*) ¿Quién?

VICENTA. Ni tu ni yo... Toma, dile que se lo lleve al señor Cuadros que está en la plaza de toros. Que le busque.

NELET. Tienes razón. Voy a decírselo. (*Sale.*)

VICENTA. ¡Qué bruto es el pobrecito!

(*Arregla la habitación hasta que entra Nelet.*)

NELET. ¡Ya está! Se ha ido refunfuñando. (*Se acerca al balcón y mira lo que pasa en la calle.*) ¡Mira, mira cómo corre en la bicicleta! (*Pausa.*) ¡Menuda

⁸ Rocín francés.

bufa *a agarrat* aquel! ¡Lo traen entre tres y no pueden sostenerle! ¡Mira!
(*Se acerca Vicenta.*)

VICENTA. ¿Dónde?

NELET. Aquel grupo. ¿No lo ves? ¡Toma, pues si es el *siñoret* Juan!... ¡Pronto la ha cogido!

VICENTA. Quita, animal; ¡qué ha de ser don Juanito!

NELET. No tendría nada de extraño, porque de aquí ha salido con media por lo menos. ¡Si le hubieras visto como yo cuando se fue, no lo dudarías!

VICENTA. ¡Pues sí que es el señorito Juan! Vaya y su tío Juan el que viene detrás.

NELET. ¡Es verdad!

VICENTA. Baja, hombre, muévete, ayúdales, ¿no lo ves que no pueden con él?

NELET. Voy, que demonio, mañana me puede ocurrir a mí lo mismo. (*Sale.*)

VICENTA. Borracho no está, no es posible que el señorito Juan se emborrache. ¡Si fuera su hermano! ¡Trae la cara como un muerto! ¡Pobrecillo, le debe haber ocurrido algo! Voy... voy a enterarme. ¡Pobrecillo! (*Sale también presurosa.*)

ESCENA XIII

JUAN, JUANITO. NELET, VICENTA, PORTERO y un HOMBRE

(*A poco entran al señorito JUAN entre un hombre de la calle, NELET, el tío JUAN y el PORTERO. VICENTA delante, no da pie con bola, JUANITO llega muy pálido, lleno de polvo, el traje desabrochado, sudoroso y sin conocimiento.*)

JUAN. ¡Pronto, una silla, Vicenta, acércala! Aquí, colóquenlo aquí. Tú (*a NELET*) avisa a un médico enseguida.

NELET. ¿Engancho?

JUAN. Volando, mamarracho, volando; y tú (*a VICENTA*), arregla una cama y calienta agua para ponerle unas botellas a los pies... pero pronto, vamos.

(*Entre todos y como pueden colocan a JUANITO en un sillón en medio de la escena; don JUAN le abriga los pies con su gabán a alta de otra cosa más aparente. Le cuida y lo arregla como a un hijo.*)

PORTERO. ¿Que le ha sucedido al *siñoret*?

JUAN. No lo sé a punto fijo.

HOMBRE. Yo me lo encontré caído en el suelo, ahí en las Alamedillas de Serranos y creí fuera un borracho; conque ya lo iba a dejar que durmiera la mona, cuando vino este señor y me dijo si quería traerlo hasta aquí.

JUAN. Debe ser un accidente, algún ataque. No he podido encontrar un carruaje.
HOMBRE. Como hoy es día de corrida, todos están ocupados.
JUAN. Bueno, tome Vd., buen hombre. (*Le da un duro.*) Y muchas gracias. Ya está en su casa.
HOMBRE. Si en algo le puedo ser útil... *Coaquín Garsia...* en el *carré* de Roterros *veintisinco*, con preguntar por el tío Chimo, el *Cadiret...* todo el mundo le conose.
JUAN. Muchas gracias, hombre, muchas gracias.
HOMBRE. Que no sea nada lo del *señoret* y... *gràsies.* (*Se va.*)
PORTERO. ¿Quiere Vd. que le *rosiemos* con vinagre?
JUAN. No; lo que quiero es que arreglen pronto la cama... vamos Visanteta.
PORTERO. Ya parece que abre los ojos.
JUAN. ¿Qué te pasa, Juanín mío? Dime, que tienes. Anda, es tu tío, el tiíto Juan...
¿No oyes? (*Le besa y le acaricia llorando.*)
PORTERO. ¿Quiere Vd. que vaya...?
JUAN. No quiero nada. Ese médico que no viene... esa Visanteta... ¿Vicentaaa?...
Acaba con cincuenta mil de a caballo. Pero ¿y quién le lleva a la cama? Si esto es un hombretón; ¿Nelet?
PORTERO. Señor, le mandó Vd. por el médico.
JUAN. No me acordaba. No sé dónde tengo la cabeza.
PORTERO. Si es por llevarlo a la cama, ahora mismo llamo yo al... primero que pase por la calle.
JUAN. Sí; a cualquiera, vaya.
PORTERO. Voy enseguida. (*Sale deprisa por el fondo.*)

ESCENA XIV

JUANITO y don JUAN

JUAN. ¿Que habrá podido sucederle? (*Le mira, llora y lo acaricia.*) ¡Juanín, niño mío, es tu tiíto, el tío Juan! Si yo te quiero mucho... si te he querido siempre... Mírame, vuelve en ti... Anda. (*JUANITO abre los ojos con trabajo y quiere hablar pero no puede.*) ¡Gracias a Dios! ¿Me ves, me oyes? Di. Dilo con la cabeza.
(*JUANITO afirma con la cabeza. Entran atropelladamente en escena.*)

ESCENA XV

MANUELA, AMPARO, CONCHA, TERESA, CUADROS y ANDRESITO

(MANUELA *corre a abrazar a su hijo. El tío JUAN le tapa y le protege con su cuerpo.*)

MANUELA. ¿Qué le ocurre a mi hijo? ¡Juanín, Juan mío! ¡¡Hijo!! (*Le besa y le acaricia.*)

CONCHA. ¿Que tiene mi hermano?

AMPARO. Juanito, ¿qué te pasa? (*Se acercan a verle.*)

TERESA. Juanito, oye, ¡Dios mío!, ¿qué le pasa a este muchacho?

CUADROS. (*Acercándose.*) A ver, a ver, ¿qué es eso? Nada, un simple desmayo... Un desvanecimiento.

ANDRÉS. Pero... ¿qué tiene? ¿Está herido?

TERESA. (*A don JUAN.*) ¿Cómo ha sido esto? ¿Qué le ha pasado?

MANUELA. (*A don JUAN.*) Dime, Juan, ¿tú sabes? Dime qué ha sucedido. ¿Qué tiene?

JUAN. Lo primero, ¡ejen!, es no estorbar. Dejadlo solo que respire; le ahogáis, ¡ejen!, en cariño... Y tú (*a MANUELA*), dile a tus hijas que hagan algo de provecho.

MANUELA. Amparito, Concha... preparar una cama pronto. Andresito, anda, ve a avisar a un médico... a cualquiera... al primero que veas...

TERESA. Anda... al mejor.

CUADROS. Yo...

JUAN. Usted... maldita la falta que hace.

CUADROS. Coge el auto que está abajo.

(*Entra el PORTERO con un telegrama.*)

PORTERO. ¿Don Antonio?

CUADROS. (*Con precaución.*) ¿A ver... traiga? (*Lo desdobra y lo lee. Durante su lectura cambia de color, después se desespera paseando furioso por la escena sin importarle un comino de JUANITO ni de los presentes.*) ¡Esto no puede ser! ¡Ese hombre es un granuja! ¡El alza, sigue el alza...! Todo, todo se ha perdido. ¡¡Esto es la ruina!!

TERESA. (*Se acerca a él.*) Por Dios, Antonio. Ven, dime...

CUADROS. (*Rechazándola brutalmente.*) ¡Quita, déjame!

MANUELA. (*Con curiosidad y abandonando a su hijo.*) ¡¡Cuadros!! Por Dios, no sea pesimista... No aumente mi dolor... ¡¡Más sufro yo!!

PORTERO. (*Se retira silenciosamente.*)

JUAN. (*Con indignación a MANUELA.*) ¡Ejen, ejen! Ese hombre es un grosero... ¡ejen!, y si fuera esta mi casa... ¡ejen!, lo arrojaría ahora mismo de ella.

TERESA. (*A su marido.*) No te apures ni te desesperes, Antonio, déjalo, no seremos tan ricos, pero seremos felices. Con nuestra tienda y lo que tienes en casa de Mortón podemos pasar una vida tranquila sin lujos y...

CUADROS. ¡Estoy arruinado! ¡Arruinado! Realizándolo todo. ¿Lo oyes? todo, no tengo ni para saldar mis diferencias. (*Levantándose y rechazándola con brusquedad.*) ¡Bah! ¿Qué entiendes tú de eso?

TERESA. (*Cariñosa, insinuante.*) Yo no entiendo de tus asuntos, Antonio; no sé más que de tu cariño y con esto me basta

CUADROS. Déjame, déjame. (*Con más brutalidad.*) Quita.

MANUELA. (*Reconviniéndole.*) Antonio... que es tu mujer.

ESCENA XVI

Dichos, AMPARO, CONCHA y VICENTA

AMPARO. (*Saliendo de su cuarto.*) ¡Ya está la cama!

VICENTA. Y el agua caliente. Aquí traigo las botellas.

JUAN. (*Al lado de JUANITO.*) Pronto, pronto, vamos a llevarle a la cama. (*Examinándole.*) ¿Parece que abre los ojos? ¡Juanito!!

(*CUADROS que a la desesperación primera ha seguido un gran abatimiento está sentado en un sillón al lado de TERESA. AMPARO, CONCHA y VICENTA en el cuarto preparando la cama y el agua.*)

JUAN. Vamos a llevarle a la cama, ¿No han oído? Aquí todos. Yo solo no puedo.

TERESA. Entre todos, entre todos le llevaremos.

ESCENA XVII

TERESA, JUAN, JUANITO, MANUELA y CUADROS

(*Todos se acercan. JUANITO al ver acercarse a CUADROS se incorpora horrorizado.*)

JUANITO. No... yo solo,... iré yo solo.

MANUELA. (*Se acerca a sujetarlo.*) ¡Juanín, hijo mío!, yo te llevaré.

JUANITO. (*Con muestras demás visible repugnancia.*) ¡No... No me toque usted, mamá! No, no me toque. Estoy bien. No necesito a nadie... Mi tío... solo mi tío...me basta.

(*Se incorpora. TERESA y el tío JUAN le sirven de apoyo. MANUELA le ve marchar y rompe en sollozos; CUADROS cae de nuevo en el sillón con el rostro entre las manos.*)

JUAN. Aquí; como tu tío, con el tío Juan. Él solo te quiere, él te ayuda... No temas Juanito. ¡Hijo mío! Aún soy fuerte.

(*Entran en el cuarto. Pausa.*)

ESCENA XVIII

MANUELA y CUADROS. Después don JUAN

MANUELA. ¿Qué hicimos, Antonio? ¡Mi hijo!!

CUADROS. Mi ruina, Dios mío, mi ruina. No hay salvación. (*Se oye vocear por la calle: «El extraordinario de El Noticiero, con la reseña de la corrida de toros y la fuga del banquero Mortón...»*) ¿Eh, qué es eso? ¿Qué dice? (*Dentro.*)... «Y la fuga del banquero Mortón». No es posible... Yo estoy loco... ¡La fuga! ¡Me pego un tiro...! ¡La fuga! ¡Ah! ¡La fuga! Sí...eso es... La fuga...

MANUELA. (*Reaccionando va a su lado.*) ¡Antonio, Antonio mío...!

CUADROS. (*La rechaza con brusquedad y sale desesperado.*) ¡Arruinado, arruinado! ¡La fuga! Eso... La fuga. (*Sale de la habitación.*)

JUAN. (*Que asomado a la puerta le ve marchar.*) Déjale... insensata... déjale... (*MANUELA a la vista de su hermano vuelve otra vez a sentarse. Pausa.*) ¿Ya estarás contenta? ¡Al fin te vas a salir con la tuya! ¡Ejen, ejen! ¡Te estorba el chico por ser hijo de quien es!

MANUELA. (*Poniéndose en pie con actitud fiera.*) ¿A mí?

JUAN. (*Con calma trágica.*) Si, mujer, a ti. No te pongas tan soberbia, que no has de comerme. Tú sabes, ¡ejen!, que nos conocemos y... a mí no me asustas. Tú, solo tú, eres la autora. (*Agresivo.*) ¿Quién tiene la culpa? ¡Mala madre, perra desvergonzada!

MANUELA. (*Avanza unos pasos, crispadas las manos, amenazadora, imponente.*) ¡Juan, Juan!

JUAN. ¿Qué hay? ¿Qué quieres? No me causas miedo. Los que somos honrados decimos sin temor la verdad. (*MANUELA solloza.*) Ya veo que lloras, pero a

mí no me engañan tus lágrimas. ¡Ejen! Lo que te entristece es la miseria, la ruina de tu buen amigo Cuadros. (MANUELA *retrocede*.) Parece que me has entendido. ¿Creías que yo ignoraba esto?
MANUELA. Juan, cállate, por Dios, ¡me matas!

ESCENA XIX
Dichos, CONCHA y AMPARO

(*Salen de la alcoba CONCHA y AMPARO.*)

JUAN. ¿Está ya acostado?
CONCHA. Sí, pero no se mueve.
AMPARO. Parece un muerto,
MANUELA. Calla, calla.
AMPARO. ¡¡Tío, tío!! (*Corren a abrazarle.*)
CONCHA. ¡Ay, tío! ¡Pobre Juanín! ¡Pobres de nosotras!
(*Corren a sus brazos y JUAN emocionado las abraza y las besa. Entran los tres en el cuarto del enfermo.*)
JUAN. Venid, venid conmigo... ¡Todos sois mis hijos... mis nietos...!

ESCENA XX
RAFAEL y MANUELA

RAFAEL. (*Entra de la calle preocupado, serio, pensativo, abandonada su actitud de hombre corrido y al ver a su madre llorando en el sillón se le acerca.*)
¿Qué te pasa madre? ¿Ya lo sabes?
MANUELA. ¡¡Hijo!!... Ven.
RAFAEL. Pero... ¿qué es esto? No vale la pena... después de todo.
MANUELA. ¿Que no? ¿Tú no sabes?
RAFAEL. Si acaba de ocurrir ahora mismo. Lo he visto yo...
MANUELA. (*Creyendo en una desgracia ocurrida a CUADROS.*) ¿Qué? (*Con ansiedad.*) ¿Antonio?... ¿Cuadros...?
RAFAEL. No... Don Eugenio.

ESCENA XXI

Dichos, don JUAN, CONCHA y AMPARO

JUAN. (*Sale de la alcoba.*) Ese médico... (*Detrás de él sin abandonarle CONCHA y AMPARO.*)

MANUELA. ¿Oyes, Juan?

JUAN. ¿Qué dice ese mentecato?

RAFAEL. Pues que ahora mismo don Eugenio... al oír vocear el extraordinario con la fuga de Mortón, ha salido de su tienda y después de andar unos cuantos pasos, vacilante, como loco, ha caído muerto de repente.

MANUELA. ¡¡Horror!! ¡¡Cuánta desgracia!! ¡¡Dios mío, Dios mío!!

AMPARO. ¡¡Pobrecillo!!

CONCHA. ¡Pobre don Eugenio! ¡Era tan viejecito!!

JUAN. ¿Pero ha muerto?

RAFAEL. Sí, eso han dicho los médicos.

JUAN. ¡¡El último veterano del Mercado!! ¡¡Rogad por él!! (*Pausa; rezan. Don JUAN, visiblemente emocionado, abraza a CONCHA y a AMPARO, se limpia una lágrima rebelde y encarándose con MANUELA dice:*) Por ti no haría nada, no lo mereces, pero a la vista de estas chicas me siento débil y no quiero que mi conciencia cargue con un remordimiento. Si Juanito muere, os protegeré, pero... ¡ejen! (*queriendo hacerse fuerte para ocultar su emoción*), ya sabéis quien soy yo. ¿Seréis cursis?, ¿me entendéis? Más os prefiero así que convertidas en señoras tramposas (*mirando a MANUELA*) que pierden hasta su honor para engañar al mundo. (*Pausa.*) Y en cuanto a este... (*señalando a RAFAEL*) o estudiará o se hará hombre de provecho, ¡ejen!, o lo arrojas de tu casa. (*Con energía.*) Porque, eso sí, yo no mantengo pigres⁹.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, TERESA y ANDRÉS

TERESA. (*Asomando por la puerta.*) Vengan, Juanito les llama a todos.

MANUELA. (*Con alegría.*) A... todos...

TERESA. Sí, a todos, a todos...

⁹ Personas perezosas y negligentes.

JUAN. Pues él lo quiere, a su lado. A salvarle o a consolarle... que Juanito es el único hombre de la familia. (*Entrando por el fondo,*)

ANDRÉS. Ya viene el médico. Ya sube. (*Todos van hacia el cuarto.*)

JUAN. El médico... El médico, ¡ejen!... El mejor médico es el sentido común.

TELÓN